

CONVERSACION INTERRUMPIDA CON ALLENDE

Tomás Moulian



COLECCION
SIN NORTE



UNIVERSIDAD **ARCIS**

SERIE
PUNTO DE FUGA

TOMAS MOULIAN

Conversación interrumpida con Allende

Serie Punto de Fuga



UNIVERSIDAD **ARCIS**

LOM PALABRA DE LA LENGUA YAMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

*A los amigos de los tiempos sombríos,
algunos lejanos, otros todavía cercanos:
Juan E., Norbert, Mag, Suizo, Jaime G.,
Pancho L., Marcela Y., Pilar V.,
Claus S. y Pryscila W.,
con su teoría de la pernilidad.*

A Giselle, que fue mucho más que una amiga.

*A mi tía Maru,
con la alegría de tenerla de vuelta a los 90 años.*

© Tomás Moulian
© LOM Ediciones / Universidad Arcis

Registro de Propiedad Intelectual N° 105.188
I.S.B.N: 956-282-118-8

Motivo de la cubierta: Composición realizada por Jano

Composición, Diagramación e Impresión
LOM Ediciones Ltda.
Maturana 9 - 13, Santiago
Fono: 672 2236 - 672 5612
Fax: 673 09 15

Impreso en Santiago de Chile.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido el que más me ha costado escribir. Durante mucho tiempo estuve paralizado porque intuía innumerables vacíos interpretativos en mis escritos anteriores sobre la Unidad Popular. Me demoré mucho en encontrar un argumento que me satisficiera, pero sé que eso será provisorio: he llegado al convencimiento que esa derrota es el nudo inconsciente de toda mi visión de la política. Por lo mismo, en un momento estuve decidido a abandonar la empresa. Ciertas voces me convencieron de lo contrario.

Como todo lo que he escrito desde 1996 en adelante, este libro está influido por el incesante intercambio de ideas que tiene lugar en las reuniones, oficinas o pasillos del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS.

Agradezco al Comité Editorial de la colección su severidad con el primer texto entregado. Sus críticas y sugerencias fueron muy importantes para modificar el borrador inicial.

Agradezco asimismo a Sandra Cabello, por organizar mi agenda y proteger espacios para que este libro haya podido ser escrito.

CAPITULO I

Las razones de este libro

1. Conversando con Allende veinticinco años después

P.: Presidente, ¿cómo ve a Chile?

R.: Me pregunto al verlos, ¿cómo pueden aparentar que son felices? Veo a Chile oscuro, como si estuviera acosado por una plaga de moscas, no veo huellas de lo conocido...

P.: ¿Qué ve ...?

R.: ¿No lo ve usted mismo?... Tanto muerto insepulto... tantos hambrientos... mire... miles de niños miserables, trabajadores indefensos, millonarios sin decoro... genocidas homenajeados... Pero también mundos nuevos...

P.: Sí... es verdad... la novedad que nos aturde... lo que no somos capaces de comprender... ¿Qué podemos hacer frente a la incertidumbre...?

R.: Primero, abran los ojos...

P.: ¿Y qué sacaríamos, Presidente?

R.: Oh!... qué pregunta... Por lo menos podrían mirar.

Este libro está hilado en torno a una conversación con Allende, quien, incapaz de resistir la curiosidad por Chile y la nostalgia por las empanadas, el vino tinto y la cordillera, volvió a la tierra veinticinco años después de su partida.

Nunca había conversado con él, sólo conocía su imagen fotográfica, su figura a la distancia en las concentraciones. Encontré que en su caso era verdadera la frase poética que afirma que “los

años de los muertos son la mitad de los años de los vivos”¹, percibí que su voz era ligeramente otra y que su estilo era distinto, quizás se había decantado en el silencio del desierto, en la dureza de su destierro.

Para escribir este libro necesitaba de la ilusión de conversar con Allende, de esclarecer dudas que sólo él podía resolver. La conversación sólo alcanzó a versar sobre algunos tópicos. Muchos quedaron en el tintero, pues desapareció un día, siguiendo la azarosa y desordenada trayectoria de los fantasmas. Siempre he pensado que, como viejo izquierdista, no pudo soportar tantas imágenes obscenas a las que nosotros ya nos hemos acostumbrado.

2. El vuelo del espectro

El 11 de setiembre de 1973 fue el día que se acabó mi juventud, el momento en que tardíamente entré a la edad adulta. La adultez en la que entré fueron dieciséis años vividos entre el miedo y el desafío, años de lenta reconstrucción de la esperanza que tan fácil me había sido en esos años de fiesta, entre 1970 y 1973.

Recordaré siempre los dos o tres días pasados con algunos amigos, juntos en una casa estrecha e insegura, intentando guarecernos de la tragedia que afuera se desencadenaba.

Yo, y creo que ninguno de los que estuvimos en esa casa, podremos olvidar nunca el ruido ominoso de los aviones en el momento de descargar su fuego contra La Moneda, de la cual estábamos cerca. Ese bombardeo no sólo destruyó el Palacio donde Allende realizaba, casi en solitario, el dramático ritual de la resistencia, también hizo un forado en nuestras vidas. Después de ese día comenzó otra existencia de dieciséis años, en la cual raras veces nos sentimos libres o capaces de soñar, aunque en ocasiones el temor se aliviara. A partir de esa mañana nunca más hemos podido mirar el curso de la historia con el optimismo inocente de antes del golpe.

Con ese gesto de destrucción del Palacio los militares querían producir una fisura simbólica, la seña del comienzo de otra época. Como la operación era materialmente inútil, todo su poderío se realizaba en el nivel expresivo.

¹ José Alberto de la Fuente, *DE LA ESCRITURA A LA VIDA*, Santiago, Editorial Rueda de Agua, 1996.

Deseaban mostrar que no vacilarían ante ningún obstáculo, puesto que ellos, adoradores de las estatuas, estuvieron dispuestos a *atrasar* con ese monumento histórico. Marcar el fin de una época requiera exhibir la ferocidad.

Estoy seguro que mientras trataba de atisbar el cielo entre las cortinas de la casa oscurecida debo haber visto pasar el espectro de *Allende* volando, camino hacia su destierro. A eso atribuyo que tanto tiempo me haya acompañado, que su muerte sea para mí un gran gesto moral y un incentivo para no olvidar la actualidad de ese pasado. Que haya escrito sobre este tema obsesionante una y otra vez, sin poder todavía dar con el tono justo, ni afinar la interpretación.

CAPITULO II

Celebración y muerte

1. La celebración

"P.: Presidente, ¿qué sintió esa noche?... ¿Alegría?..."

R.: Sin duda... se demostró que tuve la razón... ¿Cómo no iba a estar contento?... Pero también vi un túnel..."

P.: ¿Se veía luz al fondo?"

R.: Sí... esa noche, sí..."

Una muchedumbre vocinglera y heterogénea salió en la noche del 4 de septiembre a celebrar el triunfo electoral. Muchos dirigentes estaban sorprendidos, casi estupefactos; se abrazaban entre esperanzados y temerosos. ¿Los reaccionarios, los "momios", aceptarían el ajustado triunfo electoral de Allende? ¿Cómo actuarían los militares, esas sombras con casco prusiano?

La muchedumbre bailaba, gritaba, trataba de entender lo que decían los dirigentes a través de los micrófonos improvisados, que deformaban los encendidos discursos. El detalle revelaba que nadie había preparado las celebraciones, no por impericia sino por desesperanza. Pero a la muchedumbre nada le decían las dificultades acústicas. Para ella se trataba de una noche de júbilo.

Sonaban las hermosas canciones de la victoria, grupos de todas las edades marchaban jubilosos, se organizaban espontáneas rondas. Me acuerdo como si fuera hoy día, que vi avanzar como bólido a un hombre gigantesco, con larga melena rubia cenicienta y barba poblada, quien se abalanzó hacia el grupo donde estábamos. Era Franz Hinkelammert, maestro intelectual de muchos de nosotros, quien llegaba bailando y riendo, con la alegría de un niño.

En la masa se mezclaban los colores y las edades. Junto a la mayoría cobriza, jóvenes rubios vestidos de blue jeans celebraban la angustia de sus padres, muchos de ellos sin siquiera percatarse del abismo que se abría. Esa inocente crueldad era una seña, un indicio de una sociedad en la cual la fuerza seductora de grandes creencias ideológicas arrasaba a veces con los afectos atávicos, situando a padres e hijos en bandos irreconciliables. Esa noche de fraternidad esos jóvenes, en ruptura con su clase originaria, sintieron fortalecidas sus opciones por la causa del pueblo cantando junto con ellos, festejando la desgracia de los “momios” con gritos incendiarios.

Seguramente los viejos militantes obreros celebraron esa noche con mayor parsimonia, sin ese histerismo de los conversos recientes. Evitaron esos gritos de amenaza, pero volvieron a sus casas y a sus trabajos con una nueva conciencia de fuerza, de protagonismo.

Todavía todo estaba pendiente. La victoria podía esfumarse, era verdad. ¿Pero era posible pasar por encima de esa celebración consagratoria que los teletipos habían voceado al mundo? Aun más importante que eso, ¿era posible prescindir de esa sensación de ser otros, de estar al borde de una nueva vida, con la cual muchos militantes y partidarios habían despertado?

“Estar al borde de una nueva vida”: En verdad, no fueron exactamente esas las palabras con que se formularon las promesas de la campaña. En el discurso de la Unidad Popular no se ofrecía el paraíso. Pero, en el fondo, esa fue la ilusión creada, después de tanto tiempo de hablar del “gobierno popular” como un inicio del camino al socialismo. Eso fue lo que se celebró en las calles y eso fue lo que sintieron los que habían creído en Allende y los que se sentían pueblo. Los pobres, los explotados serían los protagonistas de la historia, no serían más los no vistos, los enmudecidos, los avergonzados, los de los ojos bajos. Tendrían poder, esa capacidad de definir la propia vida y la de otros, la de “los diferentes”, la de aquellos que siempre habían regido y determinado sus vidas subalternas.

Eso y no otra cosa era lo que estaba naciendo. Hombres sin rostro que se sintieron protagonistas, que en su fantasía vieron debilitarse los poderes atávicos que los habían sojuzgado y que tomaron la palabra, se apoderaron de fondos no incorporados en ninguna planificación racional ni realista, sobrepasaron los límites estrechos del derecho de propiedad y desafiaron a la autoridad, porque se sintieron interpelados, llamados a ser actores, a producir su propio poder.

Esa era una revolución en marcha, aunque no se contara con todo el poder estatal, aunque las medidas económicas estuvieran, en verdad, más cerca del capitalismo de Estado que del socialismo. Era la revolución lo que se celebraba y lo que en realidad comenzaba a vivirse, pese a la patética escasez de recursos de poder.

En la madrugada del 5 de septiembre Allende, hablando desde la tribuna improvisada de la Federación de Estudiantes de Chile, había dicho que era el pueblo de Chile el que entraba con él a La Moneda y había prometido “no comerciar” el programa de la Unidad Popular.

Allende en el Estadio Nacional, el día de la instalación de su gobierno, dijo que el triunfo era “del pueblo sufrido, que soportó por siglo y medio, bajo el nombre de independencia, la explotación de una clase dominante..”, para agregar más adelante: “Pero ha llegado por fin el día de decir basta”². Allende le confidenció a Debray que a su gobierno le tocaría la difícil y agobiante tarea de construir el poder popular y de destruir las bases del capitalismo monopólico, para luego seguir más adelante³. Una empresa épica.

Pero el pueblo o el sector combativo de la clase obrera no necesitaba leer esos textos, ni siquiera oír los discursos. Ellos habían venido acariciando esta posibilidad desde 1958, anhelando “el gobierno del pueblo para el pueblo”. Al despertar el 5 de septiembre quizás sintieron “que había llegado por fin el día”. Muchos deben

² Gonzalo Martner (comp.) SALVADOR ALLENDE. *Obras Escogidas*, (1908-1973), Santiago, Editorial Antártica, 1992.
³ Revista Punto Final, “ALLENDE HABLA CON DEBRAY”, N° 126, pág. 39.

haber repasado la historia de sus vidas de dureza y de frecuente humillación. Se les había interpelado como protagonistas, nominado como los hacedores de la revolución. Habían sido convocados a una tarea de riesgo y de lucha.

Por mucho que el mismo Allende multiplicara los llamamientos al realismo, recordara la dureza de la empresa y la debilidad de los medios, el discurso de la revolución y la puesta en práctica casi inmediata de importantes transformaciones, como el anuncio de la estatización de la banca⁴, fueron armando el sólido imaginario de una “revolución en marcha”. Y, desde el inicio, desencadenaron en los adversarios conductas que presagiaban enfrentamientos. La “vía chilena al socialismo” comenzó ensangrentada por el asesinato del general Schneider⁵ y hostilizada por las maniobras de Patria y Libertad, pero también hostigada por el discurso catastrofista del ministro Zaldívar, que fomentó el caos económico, o por las ambigüedades del presidente Frei.

Pero sobrevivió hasta los mil días.

⁴ Gonzalo Martner (Compilador) “SALVADOR ALLENDE”, Op. Cit., pág. 315-319.

⁵ Sobre el asesinato del general Schneider se publicó un importante «dossier»: Documentos especiales Quimantú, EL CASO SCHNEIDER, Santiago, Editorial Quimantú, 1972.

2. El día de la muerte

“P.: Presidente, usted no mencionó a Pinochet en su último discurso...”

R.: ¿Acaso se puede hablar del mal? Supera las palabras”.

¿Se puede intuir qué procesos ocurrieron en el cuerpo, en la mente, en el espíritu de un hombre que al levantarse en la madrugada del 11 de septiembre sabe que enfrentará un día decisivo y que a través de la mañana se va percatando que debe realizar la decisión ya tomada sobre el destino de su vida, que deberá afrontar su propia muerte?⁶

En verdad, nadie puede saber qué pensó Allende, qué sintió, ni reconstruir sus sufrimientos. Ni siquiera pueden hacerlo sus íntimos, ni siquiera quienes lo acompañaron en esa desigual batalla de la mañana del Golpe. El tampoco, cuando volvió por curiosidad a la tierra, fue capaz de reproducir el flujo de sensaciones, dolores, recuerdos que, en el momento crucial, lo invadieron como inundación de los tiempos y espacios vividos. A lo más podría habernos dado algunas pistas sobre la experiencia desolada de esperar la muerte sin deseársela, de esperar el momento en que el cuerpo y el alma estén

⁶ Ignacio González Canus, EL DIA QUE MURIO ALLENDE, Santiago, CESOC, Ediciones Chile América, 1988.

preparados para la decisión suprema. Sentí la sensación que de todo podía hablar, menos del momento de morir.

Darse muerte es muy diferente que sucumbir en un combate, esto último es ofrecerse a la muerte. Todo ocurrió pasado el mediodía (las horas, los detalles espaciales, casi no tienen importancia). Allende había sobrevivido a los bombardeos. La Moneda había sido ametrallada desde los aires con asombrosa puntería por pilotos hasta entonces acostumbrados a simulaciones y juegos, no a sembrar muertes verdaderas⁷. Había sobrevivido a esos intentos de asesinato contra él y contra los que junto a él resistían.

Estupefactos los ciudadanos oímos los ultimátums, escuchamos los vuelos rasantes de las máquinas de muerte, convertidas en instrumentos del deseo de venganza. Los que intentaron hacer una revolución para la cual no tenían medios, empezaban a pagar sus atrevimientos, el precio de creer que la emancipación era posible.

A las 7:55 Allende habló por primera vez⁸. Nos dijo entonces que la Marina (cuyo comandante legítimo fue privado del mando) había aislado Valparaíso pero que él estaba en La Moneda, vigilante. El Jefe de la Guarnición Militar de Santiago, simulador adiestrado, le había informado que en la capital todo era normal y que las tropas estaban acuarteladas. Allende llamó a los trabajadores a concurrir a sus puestos de trabajo y a conservar la calma. Expresó la certeza de que los militares sabrían cumplir con su obligación.

Allende todavía tenía fe en las promesas que ciertos generales le habían hecho con voces respetuosas y cómplices, con actitudes genuflexas. Aún creía, político educado en la tradición republicana, en el honor de los militares, esa virtud de la cual aún se vanaglorian. Pensaba todavía que el general de ojos claros que él nombró para sustituir a Prats era un hombre moral y no un simulador, ávido de escalar hacia las cumbres que el destino estaba a punto de depararle.

Allende volvió a hablar a las 8:15. Allí informó, con voz grave pero entera, que había ordenado al Ejército que sofocara el golpe y expresó su confianza en que las fuerzas leales serían capaces de imponerse. El juego siniestro de la traición continuaba. Todavía Allende creía contar con militares constitucionalistas, se sentía en condiciones de ordenar al Ejército. Alguien en el otro lado le seguía el juego.

Pero a las 8:45, cuando Allende volvió a hablar de nuevo, ya estaba en conocimiento de que la traición se había consumado, que todos (dijo, casi todos) estaban confabulados. Es entonces cuando, recordando palabras pronunciadas en 1971, repitió que no tenía pasta de apóstol ni de mesías, que no tenía condiciones de mártir, que era nada más que un luchador social. Pero también dijo que no tenía otra alternativa y que sólo saldría de La Moneda en el momento del término legal de su mandato. En ese mismo discurso pronunció estas palabras: "si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta ...con la diferencia quizás que las cosas serán más duras, mucho más violentas, porque será una lección objetiva muy clara para las masas que esta gente no se detiene ante nada". En estos planteamientos alentaba, más que una voluntad heroica de martirio, la aceptación resignada de algo no deseado, que se sentía obligado a enfrentar. También animaba sus palabras el presagio de un futuro de violencia. Su asesinato enseñaría a las masas populares el maquiavelismo de sus adversarios.

Allende se vio enfrentado de improviso con la tela de araña, con la conspiración urdida en las sombras, a las espaldas de un gobierno sin capacidad de actuar con la astucia que se necesita para evitar la preparación de una celada. Pudo asomarse a la verdad, a la realidad del aislamiento, de la ausencia total de apoyos militares. Igual que todos los dirigentes de la Unidad Popular, sabía que sin ellos no habría resistencia eficaz. Sólo sería posible la resistencia simbólica. Allende y sus compañeros de La Moneda se prepararon para eso.

A las 9:03 volvió a hablar. Relató que los aviones pasaban en vuelos rasantes y, en efecto, su ruido ensordecedor quedó en las

⁷ He tratado este tema en mi libro CHILE ACTUAL: ANATOMÍA DE UN MITO, Ediciones ARCIS-LOM, 1997.

⁸ Todos los discursos pronunciados por Allende esa mañana están recopilados en Gonzalo Marthor (Compilador) "SALVADOR ALLENDE...", Op. Cit. 667-671.

grabaciones como una huella indeleble. En ese momento dijo que temían ser acribillados desde el aire. Y agregó: “pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen”.

Durante mucho tiempo, engeguados por la retórica dramática del discurso final, no percibimos estos textos donde Allende habla aceptando con dolor la necesidad del martirio, que está lejos de considerar un ideal. Textos donde se describe como un luchador social, contraponiéndolo al héroe.

Allende no deseaba la muerte para sí, como tampoco la deseaba para los otros. No tenía desasimiento frente a la vida, ese desprecio religioso a lo mundano. Como él mismo decía, no era un mesías. Amaba la vida, sus placeres, sus tareas, sus proyectos, su condición de líder.

Pero, pese a eso, cada vez que previó la escena de ese día supremo, donde se jugaba el destino de su gobierno y de su propia vida, no tuvo vacilaciones. Cumpliría su deber. Cuando habló a las 9:03, mientras los aviones sobrevolaban el Palacio, lo hizo desde el estoicismo. Se relata a sí mismo como un hombre sin opciones, como alguien que cumplía con dolor y sufrimiento los deberes de su cargo. Dijo: “Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a la Patria. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado sus compromisos”. Desde que llegó aquella mañana a La Moneda a sofocar otro intento de golpe, cuyo destino final se desconocía, dejó de ser la persona nominada Salvador Allende. Se percibió como la voz de la Patria que reclamaba contra sus violadores y que con palabras proféticas anunciaba que los traidores quedarían para siempre manchados.

A las 9:10 habló por última vez. Empezó diciendo “mis palabras no tienen amargura, sino decepción” y auguró que ellas serían el castigo para quienes habían traicionado su juramento y lo habían engañado. Y agregó que su voz sería acallada pero que siempre la seguirían oyendo. Luego volvió a reiterar que pagaría con su vida y pronunció la bella profecía que todavía, en tiempos de desierto,

humedece los ojos: “sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”.

Todos los discursos de Allende de aquella mañana estuvieron traspasados por la convicción de que representaba el papel de un profeta, que es aquel que habla, grita, gime para que su pueblo (la Patria) pueda discernir entre la verdad y la mentira que los enemigos siembran. Para Allende quedar en silencio fue algo parecido a morir. Resistir era poder hablar, mucho más que disparar en un combate insensato, contra tanques y aviones.

Al quedar en silencio, Allende se vio reducido a un personaje de esos lances de honor de la Edad Media. Parecía estar allí, en La Moneda, desafiante, esperando que el jefe enemigo se presentara para exigirle el cumplimiento de los códigos del honor y batirse con él a duelo. Pero el jefe enemigo estaba escondido, agazapado. Ni por un segundo pensó en la moral, sólo en la eficacia.

El jefe enemigo no fue nombrado en estos discursos, verdaderos memoriales de la traición. En su lugar aparecieron personajes importantes pero menores. La falsía fue representada por Mendoza, el “general rastrero”. Pinochet no está allí citado, ocupando el lugar merecido del deshonor, el de aquel que hizo posible el golpe. Allende, en el momento del último comunicado, ¿todavía dudaba sobre la actitud de quien el mismo había investido? No, a las 8:30 se había radiado el comunicado de la Junta, firmado también por Pinochet⁹.

Había algo más profundo en ese olvido. Quizás nombrarlo representaba para él algo tan doloroso que fue hasta el final indecible. Y ello ocurría no porque hubiera una relación íntima entre Allende y el general de anteojos negros. No fue su amigo como lo fueron Prats y el comandante Araya. Pinochet había extremado las cortesías, pero sobre todo había multiplicado las muestras de solidaridad política,

⁹ Circula la versión de que Allende creyó hasta el final que Pinochet permanecía fiel y había sido hecho prisionero. No me parece verosímil.

se presentaba como aliado. La razón que se puede imaginar para explicar la omisión es distinta.

La defección generalizada de todos los apoyos militares, en la cual Pinochet tuvo una importancia fundamental, posiblemente fue lo que llevó a Allende a la convicción de que debía asumir ante la historia su responsabilidad de mando. Sus decisiones militares habían llevado al traidor al lugar donde podía destruirlo todo, dejando a la Unidad Popular sin chance, porque incluso arrastró tras sí a los últimos vacilantes. El episodio Pinochet representaba en forma dramática la fragilidad del gobierno y de la Unidad Popular: su absoluta falta de medios de poder, su inocencia casi pueril, su falta de informaciones confiables, su carencia de ritmo o de dinámica en la toma de decisiones.

La traición del general, llevado por el mismo Allende a la cabeza de la institución en la cual reposaba la única capacidad de defensa de la Unidad Popular, fue recogida por él como una responsabilidad de la cual debía responder. Quiso mostrar que el Presidente era digno del cargo y era capaz de asumir y de afrontar sus deberes, luchando hasta dejar su vida: "sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo".

Pinochet representó para Allende el recuerdo de la culpa colectiva, la memoria de los múltiples errores cometidos, de los enormes vacíos, los cuales decidió asumir por todos. Probablemente los fantasmas de lo no realizado, de las promesas desbaratadas, lo condujeron a pensar que exponerse a morir o darse muerte representaba el cumplimiento de un deber. En realidad, venía dispuesto a morir, pero sin la disposición expresa de matarse. Había hablado en sus discursos de morir en la lucha, ametrallado por los aviones. Sabía que de allí saldría como presidente o muerto. Pero, gran parte del largo tiempo de esa mañana, pensó que la muerte provendría del combate, ya que ése era el probable destino de los que luchan en inferioridad de condiciones.

El gesto de Allende no fue pues la decisión desesperada de alguien que buscaba eludir un juicio. Rechazó con rabia todos los

ofrecimientos de exilio, los aviones puestos a su disposición. La lógica de su gesto fue política: buscó poner en evidencia la traición de los generales que le habían jurado lealtad y buscó poner en evidencia el impasse, la situación sin salida. Pero también su gesto puede interpretarse como la denuncia de la irresponsabilidad de quienes en su propio bando se habían dejado arrastrar por la retórica.

Circula el relato de una conversación en La Moneda entre Allende y un alto dirigente socialista, enviado como emisario del partido a preguntar qué debían hacer. Allende fue cáustico en su respuesta. ¿Ahora venían a preguntarle, después de tanto tiempo sin considerar sus opiniones? Sin esconder su ironía le dijo al emisario: supongo que los dirigentes del partido sabrían qué hacer. Por lo menos él tenía muy claro sus deberes. En esa respuesta se pone en evidencia su rabia hacia los retóricos de la política, que hablaban de combatir pero no estaban ni preparados ni dispuestos para la lucha¹⁰.

Hasta el final Allende no pudo comprender que el problema de fondo no era el delirio de los ultra-izquierdistas que le impidieron culminar exitosamente las negociaciones. El problema de fondo fue la constitución de un imaginario de revolución que era improbable, casi inviable. Su existencia, aunque fuera discursiva o constituyera el anuncio adelantado de etapas posteriores porque la Unidad Popular sólo tenía un poder político precario, organizó el campo político como un campo de guerra y puso en marcha los esfuerzos de neutralización del enemigo, más violentos cuando más "realidad" adquiriría el peligro.

Esa promesa de un tránsito donde se buscaba evitar al máximo la violencia, impidió que la Unidad Popular pudiera prepararse, como lo hizo la derecha, para cambiar de trayectoria.

Pero eso no fue lo más importante, aunque frecuentemente se lo considera así. Lo más significativo fue que se desencadenó en el propio campo popular una tendencia a la radicalización, dotada de

10. Ignacio González Cantus, *Op. Cit.*, "El día..."

una profunda racionalidad simbólica pero que chocaba con la racionalidad instrumental. La interpelación a ser sujetos de la historia y la existencia de un gobierno popular con una actitud que reflejaba voluntad revolucionaria, liberó la energía de la masa, la cual se tomó en serio su protagonismo. Invadió fundos, ocupó industrias, impulsada más que nada por el anhelo de realizar el viejo sueño de su autonomía. Especialmente en las tomas de fundos ocurridas en la región de Cautín lo que estaba operando era la posibilidad de realizar un anhelo ancestral¹¹.

Allende previó la imposibilidad de ir más adelante, quiso frenar, se dio cuenta de que aun una mala negociación era mejor que el retroceso total. Pero también percibió que estaban desencadenadas una energía y unas ilusiones que eran imparables, a menos que se afrontara el alto costo de la lucha fratricida. Y esta doble conciencia lo paralizó.

La verdad es que los que sólo conocían el personaje público de Allende no esperaban una demostración de temple y de coraje en los momentos decisivos. Gozador, jovial, no tenía el tipo del héroe dramático. Más bien parecía un dandy: preocupado de su persona y vestimenta, atildado y fragante (como decían algunos). Visto desde fuera parecía el revés de esos austeros políticos comunistas, que hacían un culto de la simetría entre sus ideas y su vida. Como no cultivaba las expresiones ni el estilo de un predicador moral, algunos creyeron que carecía de moral.

Se le atribuye a Pinochet, tan hábil en la maquinación como incapaz de imaginar actos nobles, haber sostenido: "ese huevón no se dispara..."¹². Quería decir que carecía de la valentía para hacerlo, que no había que preocuparse porque, como afirmaban otros en conversaciones de salones, entregaría su reino por un whisky. Efectivamente a Allende le gustaba vivir, le encantaban las mujeres, los honores y también el whisky Chivas Regal.

11 Manuel A. Garretón y Tomás Moulian, *EL CONFLICTO POLÍTICO EN LA UNIDAD POPULAR*, Ediciones CESOC-LOM, 1993.

12 Ignacio González Canus, Op. Cit., "El día..."

La mayor parte de sus enemigos políticos creyó que el enfrentamiento final con Allende sería fácil. Algunos deben haber pensado que lo iban a sacar a empujones, como había ocurrido con Belaúnde o con Illía. Que huiría a la primera de cambio, con los presuntos diezmos recolectados, en un avión con los parientes cercanos y su corte. Definían a Allende por la psicología que le imputaban, creían que las que consideraban sus flaquezas, harían de él una presa fácil. No captaron que estaba, desde hacía mucho tiempo, habitado por un destino histórico.

Es interesante recordar cómo Allende habló, en un tono de admiración mítica, de su primer encuentro con Guevara. Lo hizo en su entrevista con Debray, ya en su calidad de Presidente en ejercicio¹³. En sus opiniones se refleja la admiración por un hombre que eligió libremente un destino de sacrificio. Allende vio en Guevara a una especie de santo laico. Abrumado por el asma estaba al pie del cañón, en una oficina casi desnuda, pero colmada de la fraternidad que allí se respiraba. Allende, que se presentó ante el combatiente como un simple político parlamentario, tuvo el honor de ser recibido por éste, quien además lo conocía y quien lo analiza y lo juzga, con fría objetividad: "Yo le oí en la campaña presidencial del 52 dos discursos: uno muy bueno y uno muy malo...". Allende se prestó con humildad a ese juego.

Es sintomática esta actitud de homenaje místico al Che por parte de Allende, un político colocado en otro escenario. En parte, refleja la seducción pura del personaje romántico, pero también da cuenta de la oscura culpabilidad de la izquierda chilena por no haber combatido, por no conocer los sufrimientos de la batalla, por haberle tocado la parte fácil, la del tránsito institucional¹⁴. Es posible que la imagen de ese hombre universalmente admirado haya aparecido, en los últimos días de la agonía del proceso y en las horas matutinas del combate, ofreciéndose como ejemplo.

13 Revista Punto Final "ALLENDE HABLA CON DEBRAY", Op. Cit. 33-34.

14 Hay un interesante estudio de Maggie Le Saux sobre este tema. Ver «Aspectos psicológicos de la militancia de izquierda en Chile», en Revista Proposiciones N°12, octubre-diciembre de 1986.

Allende, político hasta en el último acto de su vida, sabe que esa mañana estaba reescribiendo su propia historia. Como dijo Lezama Lima, estaba forjándose como “héroe americano”. En un momento en que todavía se conservaban esperanzas en el socialismo, quiso mostrar que un político que creía en la “vía pacífica” podía combatir con pólvora contra la sedición, que también ese político era un hombre de coraje.

Es posible también que la figura de Balmaceda haya circulado esa mañana por los corredores de La Moneda. Era el “presidente mártir” y la izquierda siempre lo colocaba en su lista de héroes. Allende lo había homenajeado en su discurso inaugural del gobierno. Puede haber acudido a su recuerdo y a su consuelo, especialmente cuando se enfrentó al deber asumido de darse muerte.

La decisión de entregar la vida, ¿traerá paz al desconsolado? Nadie puede contestar esa pregunta. Sólo sabemos que Allende y todos sus compañeros de martirio volvieron a morir múltiples veces. Con cada desaparecido, todos los caídos renovaban sus dolores y sus tragedias. Tienen, pues, todo el derecho de preguntar: ¿tanto sufrimiento para esto?

CAPITULO III

Allende, el líder político

1 La formación de un líder

Allende, designado primer secretario regional del socialismo porteño a los 25 años, recibió su educación política inicial en los agitados tiempos de las intervenciones militares transcurridas entre 1924 y 1932. Momentos de ruptura democrática, gatillados por los esfuerzos reformadores de Alessandri, que representaron una alternativa fracasada de populismo burgués. Momentos de oscuridad, casi inéditos para una sociedad que había conocido guerras civiles y matanzas obreras, pero no esa ausencia de límites legales combinada con la aparente normalidad, que constituye la atmósfera incierta de una dictadura.

La ceguera de la élite política de la oligarquía criolla le impidió ver lo que se escondía tras la superficie discursiva de Alessandri. Las apelaciones populistas de este vibrante demagogo, algunas de ellas crudamente antioligárquicas, ocultaban un programa adaptativo, que no tocaba los intereses de los latifundistas y que representaba un intento de mejorar las condiciones de la dominación vigente a través de la incorporación simbólica de la "chusma" y de la creación de regulaciones en las relaciones laborales. Un temporal en un vaso de agua.

Pero los políticos oligárquicos que creían ver debajo del agua nuevamente tuvieron miedo, como con Balmaceda, de las pretensiones de Alessandri de sustituir el existente parlamentarismo sui generis por un régimen presidencialista. Vieron el peligro del gobernante fuerte, cuando ellos seguían prefiriendo el poder político

desmenuzado, fragmentado. Le hicieron la guerra a muerte, hasta que generaron las condiciones para la intervención militar, de cuyo liderazgo terminó apoderándose Ibañez.

Allende vivió en la Universidad la dictadura de este militar camaleónico. Elegido presidente del Centro de Alumnos de Medicina, conoció la persecución policial y los castigos impuestos por la autoridad universitaria, la cual lo expulsó de las aulas, para regresar sólo después de la caída de la dictadura. En 1930, realizando su aprendizaje de orador fogoso, había sido elegido vicepresidente de la FECH. Desde ese cargo participó activamente en las movilizaciones que condujeron a la caída de Ibañez, cuya legitimidad política estaba tan minada por los efectos sociales de la crisis mundial de 1929, que fue fácil presa de la agitación pacífica de los estudiantes.

En esos días tensos, preñados de oportunidades aparentes, el grupo Avance, el cual Allende había contribuido a crear, decidió proponer la organización de sóviets de obreros, de campesinos y soldados. Allende, que parece haber tenido el realismo político en los genes, expresó su oposición argumentando que no estaban dadas las condiciones políticas, pese a ciertas aparentes evidencias contrarias, la miseria y la desocupación provocada por la crisis económica y el clima de efervescencia. Ese incidente significó la marginación de Allende de ese grupo.

A los pocos días de caer la República Socialista, Allende, que no había tenido en ella una participación importante, fue detenido en un mitin en la Escuela de Derecho. Mientras estaba preso murió su padre¹⁵. El mismo Allende le contó a Debray que lo vio el día antes de su muerte y conversó unos minutos con él: "...alcanzó a decirnos que sólo nos legaba una formación muy limpia y honesta y ningún bien material". Más adelante agrega: "en sus funerales hablé para decir que me consagraría a la lucha social, promesa que creo haber cumplido"¹⁶.

¹⁵ Max Nollf, SALVADOR ALLENDE. EL POLITICO, EL ESTADISTA, Santiago, Ediciones Documentis, 1993.

¹⁶ Revista Punto Final, "ALLENDE HABLA...", Op. Cit, p. 6.

Esta autoimagen es interesante, Allende vincula su vocación de luchador social a la fuerza de afectos, a esa simbólica promesa realizada ante la tumba paterna. No la liga al conocimiento ideológico, a la iluminación del marxismo. En esa confesión ante Debray, él realiza sin pretenderlo un retrato sociológico de la generación política socialista de los años treinta. Provenientes la mayor parte de la tradición del humanismo laico, de familias de capas medias profesionales provincianas, realizan su tránsito hacia posiciones revolucionarias de manera distinta a la generación de los sesenta. Se sensibilizan, no a través del vehículo de la teoría marxista, sino a través de un conocimiento empírico de la miseria, que Allende realiza durante su práctica en el Hospicio de Santiago, o a través de su inmersión en las luchas sociales de esos años agitados.

La segunda fase en la formación de Allende como líder político fue el período de las coaliciones de centro-izquierda.

En 1936, en el momento de formarse el Frente Popular, Allende fue designado Presidente Provincial en Valparaíso. En pocos años, ejerciendo como médico en la Asistencia Pública del puerto y desempeñando roles políticos, había adquirido reputación y notoriedad. Esto significó que fuera elegido diputado por la circunscripción de Quillota y Valparaíso por el período 1937-1941. Como tenía energía y ambición política, desarrolla en poco tiempo una intensa labor parlamentaria, presentando proyectos que fomentan la alfabetización campesina, que buscan mejorar las condiciones de vida en los conventillos, que favorecen la creación de sociedades mutualistas.

En 1938 fue nombrado Subsecretario General del Partido Socialista y dirigió la campaña de Aguirre Cerda en Valparaíso. Allende inició, en los comicios del 37, su aprendizaje electoral. Todavía no era el maestro que llegó a ser, pero ya había empezado a desarrollar su gran habilidad en el contacto de las masas y comenzado a desplegar su astucia para manejar situaciones electorales complejas.

Puso estos talentos en ciernes al servicio de la campaña de Aguirre Cerda y tuvo éxito.

El nuevo presidente lo nombró Ministro de Salubridad y Previsión Social de su segundo gabinete, cuando el partido decidió aumentar el peso político de sus representantes. Para los socialistas esta colaboración fue siempre problemática, se enfrentaban a ella llenos de reticencias y matices. La corriente contraria a la participación argumentó sus críticas con ideas extraídas de las corrientes de izquierda del marxismo, que impugnaban las políticas de los comunistas y de la III Internacional: "El poder no se ejerce desde uno o dos bandos ministeriales. No confundamos la participación en un gobierno democrático burgués, con el ejercicio del poder. Por el contrario, aquella participación puede significar la ruina de las esperanzas de capturarlo y ejercerlo con el propósito definido de implantar una sociedad sin clases privilegiadas..."¹⁷.

Pero el partido decidió por amplia mayoría la colaboración. Allende trató de impulsar proyectos sociales (entre otros un plan de vivienda popular y una reforma completa de la previsión social), las cuales no pudieron ser aprobadas por la debilidad parlamentaria de la coalición gobernante. En el terremoto de 1939 que asoló Chillán, Allende se trasladó al terreno y dirigió personalmente la construcción de hospitales de campaña y la atención de las víctimas. Duró en ese cargo hasta fines de 1940.

En 1943 fue nombrado Secretario General del Partido Socialista en un momento crítico de la vida interna de la organización. Este partido vivía dilemas hamletianos que eran la consecuencia de su heterogeneidad ideológica. Desde el principio estuvo profundamente dividido por la participación en los gobiernos radicales, sufriendo en 1940 una escisión de izquierda, la del grupo de los inconformistas liderado por César Godoy Urrutia, quienes rechazaban continuar colaborando en el gobierno de Aguirre Cerda. En 1942 la posición

colaboracionista ganó por estrecho margen y en 1943 fue derrotada en forma abrumadora.

Esta derrota produjo la división del partido. El grupo liderado por Grove, el líder histórico del partido, se alejó de la organización. Uno de los esfuerzos desplegados por Allende fue tratar de reunificar al partido. Usando tenacidad y muñeca lo consiguió provisionalmente, pero al final, en julio de 1944, con ocasión del Cuarto Congreso Extraordinario, el grupo colaboracionista se separó definitivamente. Grove, quien había representado el gran capital carismático del partido, rompió los lazos con la organización que había fundado.

Durante el año y medio en que Allende dirigió al partido el tema político principal fue la propuesta de unidad planteada por los comunistas. La invasión de la URSS por Hitler había llevado a este partido a reestudiar su estrategia, subordinando la lucha anti-imperialista a la consolidación de la colaboración militar con los aliados capitalistas. Para ello realizó el gran gesto: la disolución de la III Internacional.

La propuesta de un partido único formulada por los comunistas fue largamente discutida por los socialistas. Ella fue finalmente rechazada porque los comunistas, quienes subordinaban las políticas nacionales a las necesidades geopolíticas de la "patria del socialismo", postulaban la "unidad nacional", mientras que los socialistas planteaban una "unidad clasista" entre socialistas y comunistas.

En el mismo momento en que Grove se separaba definitivamente del partido del cual había sido la primera figura, Allende fue sustituido en la Secretaría General por Bernardo Ibáñez, máximo dirigente de la CTCH. A partir de este cambio el partido se derechiza y entra en una profunda crisis política. El comienzo de ese proceso de decadencia política, que terminó con la división de 1947, fue la decisión de la directiva de Bernardo Ibáñez de colaborar con el gobierno provisional de Alfredo Duhalde, en un gabinete cívico-

¹⁷ Julia César Jobet, *HISTORIA DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE*, Santiago, Ediciones Documentas, 1987, pág. 130.

militar. En medio de la agitación social se produjo la matanza de la Plaza Bulnes, donde fue asesinada Ramona Parra¹⁸.

En 1945 Allende había demostrado su gran capacidad electoral, al ganar el sillón senatorial en la circunscripción que comprendía desde Osorno hasta Magallanes, considerado un bastión derechista. Su energía y su carisma frente a las masas, le permitieron superar la imagen de desprestigio proyectada por un gobierno vacilante y errático y un Partido Socialista iniciando el camino a la bancarrota.

En 1947 González Videla realiza la primera de las grandes traiciones que van a marcar los últimos cincuenta años de nuestra política. Después de los exitosos resultados electorales alcanzados por el Partido Comunista en los comicios municipales, González Videla decidió expulsar a los comunistas del gabinete y propuso al Congreso la ley irónicamente denominada de Defensa de la Democracia.

El mito de la excepcionalidad política de Chile sufrió un duro vapuleo, rápidamente olvidado por nuestra memoria devoradora después de que en 1958, entrando en la mítica década del sesenta, la ley anticomunista fue derogada. Ya en esa coyuntura se demostró que si bien la política chilena podía alcanzar tintes surrealistas y paradójicos, pronto la normalidad se restauraba. Efectivamente la formación en 1946 de un bloque gubernamental radical-liberal-comunista, ya terminada la guerra antifascista y comenzada la lucha por el dominio de Europa entre la URSS y las potencias occidentales, era un hecho inaudito e incomprensible que hacía aparecer a la política chilena como excepcional, regida por leyes autónomas que desafiaban las lógicas en uso.

Pero eso no era más que la apariencia. Cuando se vio que los comunistas, en vez de ser el vagón de cola de una coalición donde los radicales y liberales tenían la dirección, estaba ganando posiciones electorales, su suerte política se selló. Pasaron del gobierno a la

¹⁸ Este gabinete fue organizado el 2 de febrero de 1946, momento en que Duhalde asume la Vicepresidencia por la grave enfermedad de Ríos.

clandestinidad y a Pisagua. Se demostró que sólo era tolerable un pluralismo funcional. El Estado chileno se purificó del más peligroso de sus adornos y recuperó su papel clasista.

La lucha en el parlamento para aprobar la Ley de Defensa de la Democracia fue enconada, puesto que estaban en juego principios básicos de la política democrática. En ese duro combate, los principios éticos que algunos formularon se enfrentaron al oportunismo y al maquiavelismo de González Videla, el precursor de Pinochet. La batalla dividió a tres importantes partidos: al radicalismo, en el cual unos pocos parlamentarios decidieron resistir; a los conservadores, donde el ala socialcristiana, liderada por el ex candidato presidencial Cruz Coke, se pronunció en contra por motivos éticos y a los socialistas. Entre estos últimos, un grupo encabezado por Bernardo Ibáñez y Juan Bautista Rossetti estuvo a favor de la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia. La escisión del partido se produjo, pasando el ala mayoritaria a denominarse Partido Socialista Popular. Las heridas iban a durar diez años en cicatrizarse.

En el Parlamento, Allende pronunció un importante discurso en contra de la proscripción de los comunistas y se convirtió en un tenaz adversario del gobierno de González Videla. Realizando un acto de apoyo político a los perseguidos acudió a visitarlos al campo de concentración de Pisagua. Aparentemente en esa ocasión se le cruzó por primera vez en la vida el oficial de ejército Augusto Pinochet. Se dice que éste habría tratado de impedir la visita del senador, pero yo me lo imagino genuflexo y zalamero, ya ansioso de llegar a las alturas¹⁹.

Un momento decisivo en la vida política de Allende tuvo lugar en junio de 1950 cuando el XIII Congreso Ordinario del Partido Socialista Popular proclamó al general Ibáñez como su candidato presidencial. Allende, junto a un pequeño grupo de fieles, decidieron retirarse del partido rechazando lo que denominaron la aventura populista, el apoyo a un candidato que había estado vinculado al

¹⁹ Max Noff, "SALVADOR ALLENDE...", p.163.

putsch fascista del 38 y que había sido candidato de la derecha en 1942, esgrimiendo un programa autoritario.

El reducido sector crítico adoptó el nombre de Movimiento de Recuperación Socialista y terminó fusionándose con el Partido Socialista de Chile, del cual se separan los grupos más anticomunistas, para irse con Grove, al Partido Socialista Auténtico. El campo está fragmentado en múltiples pedazos que se hacen la guerra entre sí.

La nueva denominación, en la cual el peso político de Allende era muy fuerte, decidió entrar en conversaciones con los comunistas. De ellas resultó la formación del Frente del Pueblo y la primera candidatura presidencial de Allende. En ese momento se materializó una novedosa y precursora experiencia de unidad socialista-comunista, orientada a la conquista electoral del gobierno.

Aunque Allende sólo obtuvo el 5.75% de los sufragios, se erigió como líder nacional y como el incentivador de la unidad de los partidos populares. El fracaso de la experiencia populista de Ibáñez y de la colaboración socialista popular en ella, abrió el camino a la formación del FRAP en 1956 y a la unidad socialista en 1957.

Entre 1952 y 1958 Allende logró mantener su papel de líder nacional de la izquierda reunificada. En 1955 obtuvo grandes victorias parlamentarias. Con su trabajo de hormiga y su capacidad de negociación consiguió hacer aprobar tres leyes sociales: la que otorga la asignación familiar desde el quinto mes de embarazo, la que crea el Servicio Nacional de Salud y también el Servicio de Seguro Social. En 1956 fue designado primer presidente del FRAP, un indicio claro de que era el portaestandarte de la unidad socialista-comunista.

Designado candidato del FRAP a las elecciones de 1958, Allende realiza una campaña en cuyo centro estuvo la presentación de un programa, elaborado por un numeroso grupo de técnicos e intelectuales de primer nivel. Las candidaturas de Frei y Allende modernizaron el estilo habitual de las campañas presidenciales, generando movilizaciones de masas originales, como "marcha de la patria joven" de Frei, o involucrando, por primera vez, a los intelectuales en la elaboración programática.

Como se sabe, Allende estuvo a treinta mil votos de la victoria en un campo de fuerzas fragmentado. El candidato demostró que su arrastre era muy superior al de los partidos que representaba. El fantasma del triunfo marxista empezó a definir los cálculos de las diferentes fuerzas políticas.

Allende volvió a ser candidato el 64. Más que de la necesidad fue víctima de contingencias y azares históricos. Una inoportuna medición electoral a pocos meses de la elección destruyó la organización tripartita del campo.

La derecha, asustada por los resultados del 58, decidió en 1962 construir un pacto defensivo con el Partido Radical. Para ello tuvo que superar las conductas atávicas que, una elección tras otra, la habían conducido a la alternativa del camino propio. Sin embargo, esa opción coalicional, que demostraba un intento de ajustar las decisiones a parámetros de cálculo realista, no tomó en consideración la existencia de otro centro (la Democracia Cristiana) que tenía mayor dinámica de crecimiento que el Partido Radical.

Pero, la fortuna de la que habla Maquiavelo se encargó de mostrarle a la derecha la magnitud del error cometido. La inesperada muerte de un diputado de una provincia agraria, le proporcionó a la derecha la oportunidad de una opción desesperada de mal menor. Cualquier sacrificio era necesario para evitar el triunfo del marxismo.

Allende mordió el polvo de la derrota, pero no se sumió en la desesperanza.

2. Allende y la situación política de los sesenta

"P.: Presidente, ¿no se sintió herido por su partido, que lo eligió candidato casi por casualidad?"

R.: No, me gustaba tanto ser candidato que el sacrificio valía... Era feliz viendo las caras de la gente en las concentraciones ...sintiendo que yo encarnaba sus ilusiones ...con eso revivía."

En la década del sesenta los izquierdistas de todos los sectores leíamos con pasión Punto Final y al Debray de *¿Revolución en la revolución?*²⁰ y admirábamos a los Tupamaros, esa especie de ingeniosos tecnólogos de la guerrilla urbana²¹. Además, a fines de los sesenta se produjo la "leninización de izquierda" del Partido Socialista, cuya culminación fue el mítico congreso de Chillán de fines de 1967²². Pero, aun así, ese ethos representaba sólo una de las dimensiones de la realidad híbrida de nuestra izquierda, la que pertenecía al lado de la identidad y de la pasión.

Era difícil, en la atmósfera de esperanza que desataron Cuba y Vietnam, no dejarse arrastrar por la posibilidad revolucionaria, negarse a ver en las guerrillas venezolanas, guatemaltecas, peruanas o en la experiencia de Guevara en Bolivia, un camino posible.

La negativa fue más difícil después del mazazo propinado por la derrota electoral del 64. Conservar intacta la esperanza en la vía

²⁰ Régis Debray, *¿REVOLUCION EN LA REVOLUCION?*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1967.

²¹ Ver ACTAS TUPAMARAS, Buenos Aires, Schapire editor, 1970.

²² Julio César Jobet, "HISTORIA...", Op. Cit.

electoral, pasó a ser como tener la fe del carbonero. La alianza de la derecha con la Democracia Cristiana, por mucho que no hubiera sido más que un artificio electoral, que no derivó en un pacto de gobierno, sepultó las vivas esperanzas que había acariciado la izquierda para las elecciones de 1964²³.

La izquierda de la segunda mitad de la década del sesenta utilizaba una noción lineal y progresiva del tiempo. No es posible menospreciar el papel jugado por esa representación de la temporalidad en la estructuración de la teoría utilizada para realizar los cálculos políticos. Esta idea de la continuidad del tiempo se expresaba en este tipo de razonamientos: en vista que se había estado a punto de ganar en 1958, las posibilidades de triunfo deberían aumentar en 1964, por el creciente desarrollo de las contradicciones del sistema. El tiempo siempre jugaba a favor de los buenos, a favor del mejor lado de la historia. En este caso, la probabilidad era aún mayor porque la alternativa tecnocrática de derecha que Jorge Alessandri representó, había fracasado en su afán de promover una "vía liberal-capitalista de desarrollo".

Para esa izquierda propensa a análisis estructurales, que privilegiaban la necesidad (las leyes del desarrollo histórico) por sobre la contingencia, la derrota del 64 fue inesperada y por ende catastrófica, desde el punto de vista del futuro. El mecanismo era fácilmente repetible. La radicalización del Partido Socialista se produjo en esa atmósfera de desconfianza hacia la vía electoral y de la necesidad de imaginarse alternativas más radicales, donde la "toma del poder" estuviera puesta directamente en el tapete. Se había visto que las clases dominantes tenían en sus manos el instrumento del pacto con el centro, como recurso de neutralización de la posibilidad del triunfo electoral de Allende.

Pero cuando las directivas de socialistas y comunistas, agrupadas en el FRAP, se reunían para analizar las alternativas

²³ He tratado este tema mucho más extensamente en *LA FORJA DE ILUSTRACIONES*, Santiago, Ediciones Flacso - Arcis, 1993.

tácticas, esa lógica de la identidad y de la pasión romántica por la revolución era apartada, para dejar paso a la lógica del cálculo realista. Usando este cálculo se creó la Unidad Popular, pese a que en ella participaban los radicales, ese partido que los propios socialistas habían calificado como caduco, en las resoluciones del Congreso de Linares, allá por junio de 1965²⁴.

Las profundas transformaciones que estaban teniendo lugar en el Partido Socialista, donde empezaba a surgir una nueva política, no podían expresarse en 1970 en el código de una racionalidad alternativa. No alcanzaban todavía ese estatuto, el que adquirirán más tarde, a partir de la mitad de 1972. Más bien pertenecían todavía a una lógica pasional de carácter residual, incapaz de contrariar la lógica del cálculo. El "alma" de la Unidad Popular, si así pudiera llamarse, estaba escindida desde su formación, entre los que se aferraban a los caminos tradicionales, muchos de ellos sin esperanzas reales, y los que intuían la necesidad de nuevas opciones que cambiarían profundamente la escena de la política chilena.

Esa ambigüedad, que sólo se materializaría más tarde en posturas alternativas, estuvo presente desde la misma formación de la Unidad Popular, introduciendo una tensión tanto en el proyecto inmediato como en el de futuro.

Por eso mismo no se hubiese triunfado el 70 sin la energía y el instinto político de Allende. Fue éste, asesorado por Garcés²⁵, quien percibió las corrientes profundas que agitaban la política de la época. Fue él quien se enfrentó a la visión pesimista de la repetición del escenario, la cual impulsaba hacia el desánimo; quien refutó la idea fatalista, de que no era posible lograr un triunfo electoral, a causa de la fuerza de las lógicas estructurales del desarrollo capitalista, contra las cuales era casi imposible combatir. Así como el 64 se había utilizado en los cálculos la noción optimista de un tiempo lineal-

²⁴ Julio César Jobet, *Op. Cit.*, "HISTORIA...".

²⁵ Joan Garcés era un politólogo español que trabajaba en Flacso. Había escrito, en un código bastante lejano al del marxismo, un libro de política comparada sobre Colombia y Chile. Ver *DESARROLLO POLÍTICO Y DESARROLLO ECONÓMICO. LOS CASOS DE CHILE Y COLOMBIA*, Editorial Andrés Bello, 1972.

progresivo, creyendo obstinadamente en el triunfo pese al artificio electoral de la bipartidización del campo de opciones, el 70 se había pasado al pesimismo radical, del tiempo sin historia, de la repetición inevitable de la misma escena del 64.

Con esta mirada no se lograba ver el escenario. La división en tres tercios era un resultado político profundo, y no superficial, del gobierno de Frei. Allende percibió que se abría una posibilidad de triunfo porque la acción gubernamental de la Democracia Cristiana había producido un cambio importante de las relaciones de fuerza. Se dio cuenta de que el centro estaba condenado al aislamiento, porque se había desarrollado el síndrome del resentimiento de la derecha, pero también percibió que ese centro lograría mantener una significativa votación leal, pese a la amenaza desde la izquierda. Fue Allende quien tuvo más claridad, frente al pesimismo generalizado, en las posibilidades del juego táctico en un campo de tres tercios²⁶.

Esta capacidad de intuir las potencialidades de una coyuntura decisiva, a contracorriente de muchos dirigentes socialistas o de otras formaciones recién llegadas a la izquierda, provenía en Allende de su conocimiento práctico del rodaje del sistema político. Alejado del teorismo, pero utilizando una enorme capacidad comprensiva de la dinámica política, Allende fue capaz de percibir que, pese a su discurso izquierdista, la Democracia Cristiana mantendría su típica votación en abanico y retendría para sí cohortes que de otro modo se hubieran ido hacia la derecha.

Al hacer este análisis Allende, conocedor empírico del funcionamiento de las relaciones de fuerza entre los actores de la escena política chilena, evitó la sobrevaloración excesiva de los efectos de la discursividad política izquierdista en el electorado de la Democracia Cristiana, acostumbrado a un alto grado de separación entre promesas teóricas y prácticas reales. Evitó ser arrastrado al tipo de apreciación de tantos otros analistas, que vieron en la radicalización discursiva de Tomic una amenaza para la izquierda o una posibilidad

²⁶ Tomás Moulian, "LA FORJA..."; Op. Cit.

de importante desangramiento hacia la derecha. Las dos situaciones hubieran roto el juego de tres tercios, en el cual se encontraba la única posibilidad de ganar.

En realidad la situación de tres tercios se presentaba por primera vez en la escena política chilena desde el 38 en adelante en una elección presidencial. Cuando se habla de ella como recurrente es porque se la confunde con la situación tripartita, que sí constituye una constante. Esa novedosa situación de tres tercios fue la resultante de las transformaciones en las relaciones de fuerza que habían tenido lugar después de 1965, cuando la Democracia Cristiana alcanzó el estatuto de partido dominante con un 43.2% de los votos, un resultado inesperado dentro de un sistema multipartidario.

El efecto de la obra gubernamental de la Democracia Cristiana sobre el sistema de partidos fue producir una centrifugación, esto es, un doble distanciamiento del centro respecto de los extremos. En ese proceso el centro se debilitó, fracasando su política de mantener su alta votación de 1965 a través de un doble proceso de "succión". Un eje de la estrategia política de la Democracia Cristiana era quebrar la pauta conservadora de representación de la derecha, a través de medidas modernizadoras. La profundización de la industrialización produciría una compensación de la reforma agraria, permitiendo crear de ese modo un ala moderna del empresariado, tanto en el terreno político como en el ideológico. La "succión" a la derecha podría ser la resultante de un alineamiento hacia el centro de la clientela electoral más reformadora de los partidos liberal y conservador.

El otro eje era atraer cierta parte de la votación de izquierda. El supuesto era que algunos sectores de su clientela potencial se verían tentados a preferir la opción menos estigmatizada del reformismo demócrata cristiano (que se había mostrado exitoso en cambios sociales destinados a favorecer a los campesinos, a los marginales urbanos, a los asalariados sindicalizados) antes que a una opción socialista ortodoxa.

Sin embargo, estos cálculos de "succión" no resultaron. El centro enfrentó, al contrario, una situación de bloqueo de su posibilidad de alianzas. El campo de fuerzas estuvo definido por la rigidez, por la irreductibilidad, por la negativa de los extremos a ceder en favor del centro dominante, sea para constituir un "frente anti-izquierda", como en 1964, o para constituir un "bloque por los cambios", como entre 1938 y 1946. A su vez el Partido Demócrata Cristiano no pareció preocuparse de su aislamiento. Era un centro que había internalizado con mucha fuerza la línea del "camino propio". Esa estrategia había surgido a fines de la década del 50, en el momento de la formación del partido, como una respuesta "purista" a las componendas inorgánicas entre partidos con posiciones muy distintas, que habían proliferado desde la ruptura en 1947 de las coaliciones de centro-izquierda. Esta fórmula anti-aliancista se había aplicado a través de diferentes modalidades en la campaña del 64, en la cual no se aceptó una coalición programática con la derecha, y durante su período de gobierno, en el cual ejerció el poder en solitario.

La Democracia Cristiana creyó que, por ser el partido mayoritario, tenía posibilidad de triunfar sola en un campo de tres tercios. El problema de fondo era que la derecha ya no estaba disponible para una simple transferencia de votos y que la Democracia Cristiana no podía pactar con ella formalmente, realizando concesiones programáticas, porque se desgarraría internamente.

La perspectiva de Allende y de quienes como él conservaron la fe en el triunfo, se alejó del enfoque estructural relatado más arriba, para enfatizar una mirada mucho más política. Su principal hipótesis fue plantear que la resolución de un enfrentamiento de fuerzas repartidas en tres tercios, se decidía en la campaña misma, siempre que la separación entre la derecha y el centro durara hasta el final. En eso residía la clave del triunfo. En aumentar o, por lo menos, en mantener la desconfianza entre la derecha y el centro.

En ese sentido la crítica desde la izquierda a la Democracia Cristiana, la estimulaba y en parte la forzaba a incrementar su

discurso reformista. Ese mecanismo funcionaba porque, como partido centrista ideologizado, inserto en una atmósfera revolucionaria, tenía muy pocas posibilidades de atrapar votos hacia la derecha, por la identidad política que se había construido. Además los costos internos de esa pendulación, para un partido que acababa de tener una escisión de una parte de su izquierda, eran considerados demasiado altos.

Después de una desgastante, y hasta podría decirse humillante, competencia dentro de su propio partido y en la Unidad Popular, Allende fue nominado candidato. Con su energía de siempre y su experiencia de competidor presidencial experimentado entró a la liza. Debíó combatir con sus enemigos, con el pesimismo de muchos compañeros y con los análisis que mostraban que el triunfo electoral de un candidato marxista chocaba con los intereses "imperialistas" y "capitalistas" y, por tanto, era impensable.

Esos augurios catastróficos estaban inspirados en una visión determinista de la política, para la cual ésta obedece a leyes estructurales que rigen no solamente su desarrollo global, sino cada uno de sus movimientos. Para esa perspectiva la política es perfectamente deducible. Su predicción es que siempre ganarán en la lucha los que tienen poderes extra-políticos. No parecen darse cuenta que en la política competitiva lo más frecuente es que la racionalidad de los actores no sea en cada momento perfecta y que en ella los procesos de cálculo se realicen en atmósferas de incertidumbre y de presunciones o apuestas, a veces equivocadas, respecto al comportamiento de los otros actores.

Allende nunca se dejó deprimir por este catastrofismo. A aquellos que afirmaban que en una sociedad burguesa era impensable un triunfo de un candidato marxista, les contestaba que era difícil pero no era imposible. Les decía que lo peor vendría después. Y no se equivocaba.

3. Allende, nuestro maestro político

En el fragmento de una conversación imaginaria con Allende, relatada al principio de este libro, se le pregunta cómo ve a Chile desde la lejanía. No responde desde la escena de su eterno presente, que sería la repetición de esa mañana en que entregó su vida. No aparece fijado en la rememoración de su gesto y de su epopeya. Más bien responde desde la actualidad, desde ahora, intuyendo otra época que la suya. Me imagino a Allende respondiendo de esa forma porque tenía el instinto de la política, que -en esencia- es el instinto de percibir la dirección del cambio histórico.

Mis preguntas fueron las de un hijo a un padre. Repito de esta forma el gesto narrativo de Hernán Valdés en su libro "A partir del fin"²⁷. El autor, tan injustamente olvidado como uno de los grandes novelistas continentales, clama contra la muerte de Allende, con la rabia del hijo abandonado. En verdad, en vida nunca lo vimos como un padre, por lo menos aquel construido a la manera de Júpiter tronante. Se le reconocía la habilidad de la "muñeca", que es la metáfora que alude a la capacidad de conducción táctica. Pero no se confiaba en él como teórico, por tanto no podían reconocérsele las virtudes del verdadero líder. Alguien que no conocía en profundidad la teoría, "arma de la revolución", no podía alcanzar la estatura del estratega.

27. Hernán Valdés, *A PARTIR DEL FIN*, México, Ediciones Era, 1975.

Especialmente en el período previo a la nominación se hizo muy común minimizar la figura de Allende, como un taticista. Incluso algunos sectores y grupos se inclinaron por preferir cualquier otra opción, porque para ellos Allende representaba el arquetipo del político tradicional. Esto significaba alguien que iba a dar la lucha por ganar, sin importarle la constitución de una opción que presagara el “nuevo futuro”, lo que vendría después de la esperable derrota electoral.

Sin duda, Allende cometió múltiples errores en la dirección de la Unidad Popular. Permitió, en una imitación del estilo de los “socialismos reales”, que la conducción política no recayera en el presidente y el gabinete sino en las comisiones políticas de los partidos de la alianza. En un sistema fuertemente presidencialista y en una situación de fraccionamiento de los partidos, esa modalidad se constituyó en uno de los factores de la derrota, en un generador de inmovilismo.

Las responsabilidades políticas de Allende deben considerarse mayores que las de cualquier otro, porque él era uno de los que con mayor realismo captó las condiciones de la correlación de fuerzas. Pero no pudo ir al fondo del problema, porque para ello se requería un horizonte cultural que la izquierda chilena no tenía, una crítica radical y una visión desprejuiciada, no apriorística, sobre los problemas teóricos e históricos de las revoluciones y de su trayectoria posterior.

Lo que ni Allende ni el bloque “moderado” pudieron percibir fue lo que podemos llamar “el peso de la fatalidad”, la tragedia de las revoluciones. En muchos sentidos ese realismo moderado era una repetición de otros ya conocidos en la historia. Era simultáneamente chato en la comprensión de las dinámicas simbólicas desencadenadas por un proceso revolucionario y lúcido respecto a lo peor (la regresión termidoriana en el caso de la revolución francesa, el triunfo de los “rusos blancos” en el caso de la bolchevique, el peligro “fascista” en el caso de la República española o de la Unidad Popular).

Cuando la ilusión de la revolución se pone en marcha no es posible sustituirla fácilmente por un repliegue reformista. La atmósfera revolucionaria es especial y distinta, en ella la política es vivida como plena historicidad. La dimensión de fatalidad aparece cuando la esperanza del cambio radical y de la utopía penetra el imaginario social de los actores en condiciones de una correlación de fuerzas que es estructuralmente negativa, que es casi imposible de superar. En esos casos la pendiente natural conduce a una radicalización infecunda (la ejecución del rey y el Terror en la revolución francesa, el retórico “avanzar sin transar” de la Unidad Popular).

Pero, el camino “radical” es el que tiene mayor compatibilidad con el imaginario revolucionario ya que representa la trayectoria más directa, más “pura” hacia la meta ideal. Su atracción obnubila y oculta la debilidad para enfrentar los combates decisivos.

Los esfuerzos realistas en el seno de un proceso revolucionario tienen, casi invariablemente, un destino trágico. Terminan como Danton en la guillotina, arrasado por la maquinaria del Terror, como Kerensky en la inanidad, como Madero asesinado, como Allende en la impotencia, producida por el perpetuo empate catastrófico en la lucha entre “moderados” y “radicales”.

Esto no significa, sin embargo, que el realismo no pueda triunfar. Pero el realismo, para tener éxito en las etapas revolucionarias amenazadas por una correlación de fuerzas insuficiente o contraria, debe encarnar la pasión “termidoriana”, que es la pasión por consolidar, por introducir un orden en el mar bravío de las masas protagónicas. Y esa es objetivamente una pasión con efectos contra-revolucionarios.

Podemos decir, a veinticinco años de distancia y habiendo conocido como país el drama y el sacrificio de la dictadura capitalista, que Allende se transformó en nuestro padre, en nuestro maestro político, por el modo como enfrentó el terrible dilema en que se vio envuelto. Y llegó a serlo después de muerto, cuando tuvimos distancia para reflexionar sobre el drama.

¿Qué hubiese sido de nosotros, hombres de izquierda, desgarrados por las culpabilidades de una “guerra civil interna”, cuyo presagio había sido la desoladora ruptura del Mapu, donde abandonamos todos los principios para cumplir los duros deberes de la “razón de Estado”? Allende nos evitó esa experiencia disolvente, la cual, por asumir una ética fanática de la responsabilidad, nos hubiera hecho responsables de mezquindades, traiciones, utilización de la represión contra los que habían sido nuestros compañeros. Y todo eso para caer, después de esa experiencia de la infamia, en el mismo callejón sin salida²⁸.

Enfrentado a una impasse, Allende evitó lo que hubiese sido lo peor en el terreno de la moral política. No quiso jugar el rol histórico del traidor. Nos mostró que en política hay límites morales y que ninguna norma “universal” puede imponerle a los individuos vulnerar las exigencias primordiales. Si la guerra entre conciudadanos es terrible, más lo es la guerra entre hermanos.

Y en las condiciones de polarización generalizada, creadas por el deterioro general de la situación y por la fuerza que iba adquiriendo el “polo revolucionario”, el viraje necesario para apaciguar a los centristas de buena fe y neutralizar con ello a los conspiradores, iba a provocar una “guerra interna”. Esto significa que conllevaba un quiebre de la Unidad Popular, con las inevitables secuelas de persecución política y represión.

Se puede argumentar que Allende eligió la moral particular en desmedro de la moral universal, lo cual significa afirmar que debió sacrificar al “polo revolucionario” para salvar al país. En síntesis, se le exigía hacer el sacrificio de sus convicciones éticas en aras del todo.

Creo que actuó bien. A esa altura del proceso de polarización, su gesto no hubiera garantizado la neutralización de los conspiradores. Pero hay algo más allá, puesto que ese argumento remite al

²⁸ Alejandra Roms, SALVADOR ALLENDE: UNA EPOCA EN BLANCO Y NEGRO, Madrid, Editorial Aguilar, 1988. La referencia al fantasma de González Videla proviene de conversaciones de la autora con personajes políticos cercanos a Allende. Mi libro es deudor del texto señalado, en varios aspectos.

campo de la astucia táctica, a ese terreno resbaladizo del cálculo instrumental pragmático.

La esperanza en el socialismo como experiencia de democracia perfeccionada y de creación de las condiciones de una nueva cultura, exigía evitar los gestos stalinistas, que en este caso significaban el sometimiento absoluto a la razón de Estado. Una de las dimensiones más terribles y crueles de ese fenómeno en la URSS fue el endocanibalismo, cuya expresión concreta lo constituyeron los juicios de Moscú y el asesinato de Trotsky; expresiones terribles de una revolución en la cual los revolucionarios disidentes eran devorados por la máquina estatal, siendo sacrificados los vínculos primordiales de la amistad personal y cívica. Quizás uno de los momentos en que se manifestó con mayor fuerza la degradación en que había caído la Revolución Francesa fue aquel donde Charlotte Corday asesinó a Marat, puesto que la radicalidad de la conducta demuestra que la “razón”, en este caso la racionalidad moderada, debía usar métodos viles para combatir contra el extremismo revolucionario.

Allende se convirtió en nuestro maestro no por su celebrada “muñeca” ni por la profundidad de sus conocimientos teóricos del marxismo (los cuales no eran demasiado profundos, aunque ante Debray simulara, con bastante habilidad, un conocimiento cuasi erudito). Es nuestro maestro de política no por la astucia de la cual se vanagloriaba. Lo es por su derrota, pero no principalmente por la manera en que al final la asume, no por su sacrificio o su martirio. Consigue ese rol por las opciones morales que realiza durante el proceso.

Entre ellas la principal fue comprender que nada se salvaba con la traición. Que entrar en ese hoyo negro podía significar comenzar en escala menor, con incidentes quizás de detalle para la gran historia, el camino que en la Unión Soviética condujo a la total degradación del proceso y de sus conductores.

Puedo decir que he sido enseñado por Allende, he aprendido reflexionando sobre su experiencia. Durante mucho tiempo pensé que en la política revolucionaria, aquella en que están en juego

grandes destinos, las opciones morales debían colocarse en otra perspectiva. En mi caso (en las coordenadas políticas en que yo me movía) esto significaba creer que, por la estabilidad del gobierno popular, era justificable aislar y, si era menester, destruir al “polo revolucionario” y execrar a sus dirigentes. Lo que en un momento me pareció debilidad, hoy lo valoro como sabiduría.

Allende, en medio de una Unidad Popular que no conseguía tomar decisiones, en las tinieblas de la duda, consiguió percibir el límite extremo, lo que no se podía hacer.

CAPITULO IV

El proyecto de la “Vía chilena”

1. Necesidad de creer en “nuevos socialismos”

*“P.: Presidente, la Vía pacífica, ¿no era una ilusión?
R.: Era una esperanza, además, era lo que habíamos
prometido, la posibilidad de evitar un parto sangriento...
Había que intentarla, aun a riesgo de fracasar...”*

El proyecto de la “Vía chilena” no puede entenderse fuera del contexto de una crisis de legitimidad de los socialismos existentes y de la necesidad de recuperar para esa filosofía de la historia la capacidad de seducción que había ido perdiendo, por la constatación de esperanzas y promesas no realizadas.

Desde el comienzo de la posguerra nuevas experiencias socialistas se levantaron como portadoras de esperanzas de renovación, como si le faltara oxígeno a la ilusión emancipadora que hasta entonces había encarnado la URSS.²⁹

Las principales de ellas fueron la autogestión yugoslava, la revolución cultural china, la revolución cubana, finalmente la “Vía chilena al socialismo” y el eurocomunismo.

Todos esos experimentos, de alguna manera o en algún momento de su proceso, pretendieron representar una alternativa al modelo burocrático consolidado en la “patria del socialismo”.

²⁹ Desde antes de la posguerra existía una crítica marxista. La más conocida era la de Trotsky. Una discusión sobre esa crítica se encuentra en Nicolás Krasso et al., *EL MARXISMO DE TROTSKY*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente n.15. Menos conocida era la crítica “consejista”, Serge Bricianer, *PENNEKOEK ET LES CONSEILS OLIVRIERS*, París, EDI, 1969.

La burocratización

La crítica al modelo burocrático tenía como tema el hecho de que en la Unión Soviética no se había desarrollado una verdadera "dictadura del proletariado", ejercida directamente por la clase obrera. Lo que existía era una "dictadura despótica", en la cual se fusionaban dos elementos: la dictadura del partido único en vez de la dictadura política directa de la clase obrera y el control estatal de los medios de producción en vez del control de la producción por los productores. Se hace necesario precisar algunas de las razones por las que tuvo lugar ese proceso degenerativo. Esto es importante no solamente porque la Unidad Popular se inscribe en el mismo trazado general, sino porque además se trata del deterioro de la gran esperanza política que atravesó el siglo XX³⁰.

La fosilización del socialismo en una "dictadura despótica" iba contra la propia teoría marxista-leninista de la transición. Como lo sabe cualquier lector atento de "El Estado y la revolución", la identidad específica de la "dictadura del proletariado", lo que debería diferenciarla de otros tipos de estado, era la posibilidad de llegar a transformarse en un semi-estado. Este concepto, tan semejante a una metáfora, se refiere a un aparato estatal que debía crear las condiciones de su propia disolución, a través de un proceso de creciente socialización del poder³¹.

Pero un conjunto de factores, derivados de la lucha de clases en la propia Unión Soviética y en Europa, impidieron que la trayectoria de la transición tomara la dirección deseada, poniendo de esa manera en evidencia que la capacidad de intervención de los sujetos y por ende de la razón sobre los procesos históricos tiene, en ocasiones, severas limitaciones.

30 Para una visión de conjunto ver Francois Furet, *LE PASSE D'UNE ILLUSION. ESSAI SUR L'IDEE COMMUNISTE AU XX SIECLE*, Paris, Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995.

31 Constituye una experiencia alucinante la lectura de *EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN*. En ella está magníficamente representada la ilusión de la razón y del progreso que hay en el marxismo y en el bolcheviquismo.

El supuesto básico en que se sostenía la puesta en marcha de la revolución socialista en un país sin pleno desarrollo capitalista, era la rápida "europeización" del proceso. Cuando se tomó conciencia del fracaso de la ofensiva revolucionaria desencadenada por la III Internacional, especialmente después de la violenta reacción del gobierno socialdemócrata de la República de Weimer contra los "espartaquistas", la recién creada república soviética se dio cuenta que debería abordar sola, sin la ayuda de un campo socialista, la recuperación del doble proceso de destrucción de las fuerzas productivas que había soportado. Estos estragos fueron la consecuencia de la Primera Guerra Mundial y luego de la guerra civil, apoyada por las potencias europeas.

En ese marco histórico general debe colocarse la decisión de Lenin de prohibir las fracciones dentro del partido en el poder. Esa decisión instaló el proyecto de la fracción dominante como el único saber legítimo y no permitió que la transición fuese un proceso abierto de experimentación creativa, donde los saberes, devenidos proyectos de fuerzas sociales activas, compitieran en una escena deliberativa, de discusión sobre las finalidades acordadas³².

Más tarde, la decisión crucial de Stalin de colectivizar la tierra (de manera de cargar el costo de la industrialización sobre esa clase de propietarios, en la cual existía una enorme proporción de campesinos pequeños y medios) profundizó un proceso que ya había comenzado y que probablemente, a esa altura, había agotado caminos u obturado importantes posibilidades y opciones³³.

Recién con el comienzo de la posguerra, la URSS consiguió, a través de una serie de "revoluciones desde arriba", constituir un campo socialista. Esto le permitió la ampliación de su dotación de recursos económicos y también un resguardo geopolítico en un

32 Esa fue en esencia la crítica de Rosa Luxemburgo, publicada en 1922. Ver *LA REVOLUCION RUSSE*, Paris, Francois Maspero, 1964. Ver también el extraordinario y minucioso estudio de E. H. Carr, *LA REVOLUCION BOLCHEVIQUE. 1917-1923*, tres tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

33 Maurice Dobb, *SOVIET ECONOMIC DEVELOPMENT SINCE 1917*, Londres, Routledge & Kegan, 1966.

momento decisivo, la entrada en la época de la amenaza nuclear y más tarde, del equilibrio.

El relativo alivio del peso desesperante de la atmósfera de necesidad histórica, de esa sucesión de momentos límites en que cada decisión se presenta como si no pudiera tener alternativas mejores, permitieron que la URSS se planteara el problema de la calidad de su experiencia socialista.

La desestalinización

Stalin murió físicamente en 1953 pero fue aniquilado políticamente en 1956 con ocasión del XX Congreso³⁴. La destrucción de la figura de Stalin le otorgó la razón, años después de su asesinato, al descarnado análisis de Trotsky sobre la evolución “termidoriana” de la revolución bolchevique.

En la atmósfera polarizada y maniquea de la guerra fría, el gesto de Jruschov no pudo ser comprendido como un dramático y desolado reconocimiento de la tragedia de las revoluciones, de esos intentos prometeicos de producir la felicidad del hombre en cuanto ser social. Fue reducido, por los enemigos, a un mero acto propagandístico; a su vez, desde el campo marxista casi todos escamotearon la densidad y el alcance teórico de la denuncia. Se le asignó el estatuto de un mero episodio histórico particular, evitando por ese artificio la realización de una cruda radiografía del poder dictatorial proveniente de las revoluciones.

Se desaprovechó la oportunidad de convertir la autocrítica del XX Congreso en un análisis marxista de la historia de las revoluciones socialistas, que pudiera plantear descarnadamente el tema de la posibilidad histórica del tránsito del socialismo al comunismo en el

³⁴ Branko Lazitch, *LE RAPPORT KHROUCHTCHEV ET SON HISTOIRE*, Paris, Editions du Seuil, 1976. Incluye el Informe Secreto presentado al XX Congreso.

contexto político de una dictadura despótica. No se intentó una exploración radical, por ende dramática y dolorosa, de las razones del cambio en el derrotero de la revolución, de ese viraje desde el proyecto de socialización del poder por medio de la democracia directa hacia la dirección contraria, el reforzamiento del Estado³⁵.

La autocrítica fue de tal manera morigerada que no puso en cuestión la ideología del progreso histórico lineal e ininterrumpido, del tiempo histórico continuo; no puso en duda el evolucionismo hacia el cual había derivado la “teoría de la historia”. Para esta ideología del optimismo histórico lo ocurrido era un tropezo que cualquiera podía dar en la vida. Por ese expediente las élites soviéticas recuperaron la buena conciencia.

Y sin embargo, el proceso estaba estancado en la tarea de crear condiciones para la desestatización, había caído en una fase “termidoriana”, en un reflujo semejante al que enfrentó la revolución francesa al entrar en el periodo del Directorio. Lo paradójico es que Marx mismo había analizado esa trayectoria, con particular agudeza, en numerosos textos³⁶. Pero los dirigentes soviéticos y los comunistas que veían en la URSS la “tierra de la igualdad” y la “patria de los trabajadores”, no fueron capaces de abandonar el optimismo histórico y de realizar un análisis radical del fenómeno revolucionario.

No se investigó la pregunta de fondo, cuyo contenido era sustancial. Versaba sobre la posibilidad que una dictadura, un gobierno sin contrapesos de poder y sin espacios de deliberación pública, pudiera abrir paso a una gradual extinción del estado, a un proceso en que éste se iría diluyendo en la socialización del poder. En vez de eso se permitió que el análisis del asunto de Stalin fuera psicologizado, tratado como un problema derivado del estilo de liderazgo autoritario de un individuo particular.

³⁵ En Francia, Sartre es uno de los autores que más contribuyen a la aceptación, en cuanto más menor, de esa operación. Ver especialmente Jean Paul Sartre, *SITUACIONES VI*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1968.

³⁶ Carlos Marx, *LA LUCHA DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1851* en *OBRAS ESCOGIDAS EN DOS TOMOS*, Moscú, Ediciones de Lenguas Extranjeras, 1955.

La esperanza abierta por el discurso al XX Congreso pronto fue sepultada por la brutal intervención en Hungría en 1956. De hecho, con la muerte de Stalin en marzo de 1953, se derrumbaron las barreras de contención del malestar social, especialmente obrero, existente en algunas de las nacientes "democracias populares". En julio de 1953 ocurrió en Berlín una revuelta obrera, que debió ser sofocada con sangre, una especie de anticipo de una práctica que se transformaría en común: el ejército saliendo en defensa del estado contra la clase obrera, de manera parecida que en un sistema burgués; en agosto del mismo año se vio obligado a dimitir en Hungría el stalinista Rakosi, siendo reemplazado por el liberalizador Imre Nagy. Ese fue el preámbulo de la gran insurrección obrera de fines de 1956, que fue reprimida por las tropas soviéticas que actuaron dentro del marco jurídico del recién firmado Pacto de Varsovia. Un poco antes en Polonia, los obreros de Poznan habían expresado su protesta, propinando otra bofetada en la cara del "estado obrero". En esa ocasión se prefirió ceder y negociar, rehabilitando a Gomulka para usarlo en una política de endurecimiento controlado. Quizás la blandura y permisividad de Polonia explica la represión feroz y vengativa usada en Hungría y el carácter aleccionador de los castigos. Uno de ellos estremece por su significado simbólico, es el fusilamiento de Imre Nagy en 1958, dos años después de los acontecimientos.

Las esperanzas del XX Congreso pronto se vieron enfrentadas a la lógica de la "política real". La lección era que la autocrítica de la cúpula soviética no debía ser tomada como aliciente ni excusa para poner en peligro el orden en el imperio exterior: los ejemplos de Berlín y Poznan no podían ni debían propagarse. Ese fue el significado político del baño de sangre ocurrido en Budapest.

En 1964 fue eliminado de los círculos de poder Jruschov, avezado burócrata transformado en reformista bufonesco. Fue el comienzo de la era de Breznev, largo periodo de congelamiento burocrático. El fracaso en la reactivación del impulso democratizador y desestatizador de la revolución originaria, sólo dejó abierta la

posibilidad, por lo menos para los "marxistas occidentales", de esperanzarse en "nuevos socialismos". Entre ellas ocupó un lugar destacado la llamada "vía chilena".

El cierre del ciclo

La Unidad Popular significó un momento crucial en la búsqueda de nuevas experiencias socialistas. Pero, el gobierno de Allende, que pareció la inauguración de una nueva posibilidad, terminó en el hoyo negro de la persecución y de la muerte. Con el trágico derrumbe de la "vía chilena" comienza el cierre de un ciclo, que termina con el fracaso posterior del eurocomunismo.

El ciclo cerrado es el de la esperanza en nuevas trayectorias y formas de realizar el ideal socialista. Hay que colocar la "vía chilena" en esa gran perspectiva histórica. Aun con los toscos materiales teóricos con que ésta fue creada, representó la esperanza de que podía llegarse al socialismo sin el peso de la sangre originaria.

A su vez el eurocomunismo, que tomó su relevo, se estrelló ante la imposibilidad de construir el "bloque histórico" que Enrico Berlinguer propusiera como la única posibilidad de construir una mayoría estable por los cambios, en su célebre texto de reflexión sobre la derrota chilena. Se estrelló también ante el injusto castigo del electorado al Partido Comunista español en 1977. En un caso, operó como un estigma el recuerdo del comportamiento de los comunistas en la guerra civil española; en los dos casos, la sospecha de complacencia o de complicidad con las necesidades geopolíticas de la URSS, en una época marcada por la lógica paranoica de la guerra fría.

Y luego, en 1985 Gorbachov comienza su gigantesca empresa de reformar desde dentro el enorme imperio socialista. El retiro de Afganistán, el anuncio de las revolucionarias políticas de "transparencia" (glasnost) y de "modernización" o "recuperación" (peres-

troika), no fueron capaces de impedir que ese imperio ya sin "alma", sin lazos profundos de unión, empezara a desmoronarse, primero, por el estallido de las contenidas aspiraciones nacionalistas y luego, por la ingobernabilidad y la imposibilidad de reconstruir bases de legitimidad.

En 1991, con el fracaso de la política de Gorbachov de conseguir la reforma interna del socialismo en la URSS enfrentamos el cierre melancólico de una época y el ingreso en otra nueva³⁷.

2. El proyecto de la Unidad Popular

El carácter innovador y creativo del proyecto de la Unidad Popular, su profunda diferencia con todo lo realizado, por tanto su alto grado de dificultad, quizás no fue bien apreciado en su propio tiempo y puede ser mejor comprendido desde hoy, una época que ya ha dejado de encontrar a las revoluciones siquiera verosímiles.

Los otros modelos de "nuevo socialismo" que pretendían diferenciarse del modelo burocrático, con excepción del eurocomunismo cuya etapa de auge fue posterior, ya habían agotado su aura y su capacidad seductora a principios de los setenta. En parte ello se debía a que, con excepción de Cuba, todas ellas eran antiguas y cristalizadas dictaduras revolucionarias, donde el poder seguía reposando en la represión (en ocasiones en última instancia, a veces en primera), y donde no había espacios públicos de deliberación. Estaba lejano el reinado del poder socializado y de la democracia directa, como instancias preparatorias del tránsito al comunismo.

Las novedades del proyecto chileno, su ambición en una época en que, con los ejemplos de Cuba y Vietnam, se había producido un renacimiento de las esperanzas depositadas en la guerra o la lucha militar, consistían en dos afirmaciones básicas. Primero, se postulaba la posibilidad, en un país capitalista subdesarrollado, de un tránsito no violento al socialismo. Segundo, se postulaba que esa forma de conseguir el poder facilitaría las condiciones del tránsito del socialismo al comunismo.

³⁷ Para una interpretación desde la óptica del Partido Comunista Chileno ver: Luis Corvalán, *EL DERRUMBE DEL PODER SOVIÉTICO*, Santiago, Editorial Los Andes, 1993.

Esta idea proporcionaba un análisis innovador del problema de las transiciones estancadas, puesto que relacionaba esa burocratización con el origen violento o militarizado y con la consolidación de un modelo de dictadura despótica.

Sin embargo, en el interior de un campo marxista marcado por la ortodoxia, esa teoría del tránsito institucional sólo podía estar plagada de vacíos temáticos y de residuos analíticos³⁸. Basta ver la forma como Allende le contesta al arrogante Debray, cuando este último intenta cuestionar la viabilidad del camino: la actitud es justificadora. En vez de insistir en la originalidad profunda del intento chileno y en la imposibilidad de leerlo desde los códigos estereotipados, Allende se empeña en mostrar la compatibilidad con la ortodoxia³⁹.

En todo caso, pese a los defectos de elaboración teórica, el proyecto del tránsito institucional conocido como la “vía chilena” contenía una comprensión intuitiva del problema central que había conspirado contra la posibilidad de cambiar el curso estatizador de las revoluciones. La dictadura despótica y la burocratización son partes de un mismo círculo vicioso⁴⁰. La dictadura del partido, que se instaló en todas partes en vez de la democracia directa de los consejos, creaba obstáculos insalvables a la posibilidad de una deliberación política, que es lo único que puede permitir que se produzca una verdadera racionalidad comunicativa en el campo de la lucha política.

La Unidad Popular como proyecto sólo cobraba pleno sentido en ese futuro y en esa utopía. De igual manera que, para el pensamiento clásico de Marx y Lenin, el socialismo, en cuanto dictadura de una clase particular que portaba en sí la posibilidad de la emancipación genérica, cobraba sentido total en la extinción del Estado, la Unidad Popular no era sólo el programa de un gobierno,

38 Unesco, *Diccionario de Ciencias Sociales*. Fue elaborado por Manuel A. Carretón y Cristián Cox.

39 *Revista Punto Fital*, 16 de marzo de 1971, N° 126.

40 El gran libro precursor sobre este tema es el de Cornelio Castoriadis, *LA SOCIÉTÉ BUREAUCRATIQUE*, Paris, Editorial Anthropos, 1970.

alcanzaba su sentido esencial en su aspiración de producir una forma inédita de tránsito al socialismo, que pudiera producir nuevas formas de organización social⁴¹.

El camino previsto era un tránsito institucional, un proceso en que la izquierda no alteraría los procedimientos formales de la democracia representativa a menos que éstos fueran violados por una contrarrevolución, por los burgueses bien pensantes convertidos en sediciosos⁴².

Al “gobierno popular” le correspondía realizar la “acumulación de fuerzas” para generar las condiciones políticas que permitieran la continuidad de este proceso que debía ser necesariamente gradual.

El sentido profundo de la Unidad Popular como alternativa política era producir una relativización de la violencia como arma de la revolución. No hay trazas, en su proyecto original, del culto místico a la guerra que invadió Latinoamérica después del triunfo de la Revolución Cubana y cuya expresión culminante es el artículo de Guevara, en el cual rechaza la tesis de la excepción histórica y plantea la guerra de guerrillas como forma general de tránsito al socialismo en el Continente.

Esta izquierda había ido construyendo una teoría del tránsito institucional, que intentaba minimizar el papel de la violencia. Esta relativización es, en estricto rigor, anterior a las conceptualizaciones de los comunistas, registradas en “Camino de victoria”⁴³. Ellas se encuentran presentes en los escritos de Eugenio González y de Humberto Mendoza (quien ya en 1945 comentaba al entonces desconocido Hayek), marcados por un registro teórico⁴⁴, y también en algunos textos de Allende, marcados por un tono político.

41 Entre los pocos que produjeron una elaboración teórica del problema de la «vía chilena» se encontraba José Antonio Viera Gallo. Ver en CESOC-CEREN, *TRANSICIÓN AL SOCIALISMO Y EXPERIENCIA CHILENA*, el artículo «Problemática institucional en la experiencia chilena», Santiago, 1972.

42 Salvador Allende, «Discurso en la madrugada del 5 de septiembre» en *EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE SALVADOR ALLENDE*, Santiago, Editorial Quimantú, 1971.

43 Ese libro de Luis Corvalán, Santiago, 1971, contiene artículos y entrevistas fechadas desde 1964 hasta fines de 1970.

44 Humberto Mendoza, *SOCIALISMO, CAMINO DE LA LIBERTAD*, Santiago, Imprenta Cultural, 1945.

Por ejemplo, en el discurso de 1948 donde Allende ataca la ilegalización de los comunistas está planteada la defensa del tránsito institucional, y las críticas al ejercicio en la Unión Soviética de una dictadura despótica del partido, que se hacía llamar del proletariado. Respecto al primer punto afirma: "...puede ser revolucionario el gobernante que, llegando legalmente al poder, transforme el sentido social, la convivencia social y las bases económicas del país"⁴⁵.

En muchas de las producciones discursivas socialistas, anteriores a la segunda mitad de la década del sesenta, este análisis estaba conectado con una lectura humanista del marxismo, que sospechaba del carácter alienante de toda dictadura despótica y de su potencia inmovilizadora, de sus efectos neutralizadores sobre la difícil posibilidad de la desestatización. Se trataba de una crítica preñada de contenido filosófico⁴⁶.

En la segunda mitad de la década del sesenta se produjo una sociologización historicista del análisis sobre la necesidad del tránsito institucional, influida por la izquierdización del Partido Socialista y por el carácter instrumental de las posiciones de "Camino de victoria". El análisis tendió a desligarse de las formulaciones del marxismo teórico más riguroso, para las cuales el socialismo requiere pensarse como comienzo de un proceso de desestatización, en constante lucha por evitar la constitución de poderes burocráticos.

Al historizarse y sociologizarse el análisis, el camino al socialismo se hizo depender de las oportunidades coyunturales o estructurales más que de una concepción sobre el papel de la etapa en el proceso general de emancipación. El problema del tránsito sólo dependería de las circunstancias, de las oportunidades históricas, no del requisito de la relación con un tipo de socialismo democrático. Un problema teórico fue convertido en un problema táctico-estratégico, con lo cual la modificación de las condiciones históricas podría cambiar también la modalidad del pasaje al socialismo.

⁴⁵ Gonzalo Martner (Compilador). "SALVADOR ALLENDE...", Op. Cit., p. 152.

⁴⁶ Sobre el debate producido por el «marxismo humanista» ver Louis Althusser et al., POLEMICA SOBRE MARXISMO Y HUMANISMO, Méjico, Siglo XXI Editores, 1968.

Esta forma de plantear la problemática anula el esclarecimiento del problema de fondo, que era el de la insoslayable relación entre dictadura despótica y burocratización. El asalto revolucionario del poder, con la consiguiente destrucción del antiguo aparato de Estado, ha conducido normalmente a la forma despótica de la dictadura, o sea, a la instalación de un poder sin contrapesos ni contrabalances, que dispone de la vida y de todos los derechos de los individuos.

Este proceso estancó la reflexión creativa y anti-ortodoxa sobre la "vía chilena", convirtiéndola en un debate de estrategia y no en un debate sobre la naturaleza del socialismo que se deseaba construir. Este vacío en la elaboración va a pesar en la política desarrollada en el periodo de la Unidad Popular, especialmente en el campo de la discursividad. La presentación del socialismo futuro bajo el burdo ropaje de un clasismo primitivo y la falta de una teorización sobre la cultura como arma decisiva en la lucha política son algunos de los aspectos en que los vacíos se hacen evidentes⁴⁷.

La izquierda chilena y la Unidad Popular eran pues sensibles al problema de la minimización de la violencia en el tránsito del capitalismo al socialismo. Pero, al haberse historizado y sociologizado la perspectiva analítica, se produjo una pérdida de densidad, que impidió pensar en la radicalidad absoluta de la propuesta. Era imposible pensar en un tránsito institucional realmente viable sin modificar la idea de la sociedad futura que se pretendía construir.

Este estancamiento en la superficie, en el primer nivel de la construcción teórica, nos hizo eludir el análisis de los problemas reales que introduce el uso de la violencia en las revoluciones.

⁴⁷ Tomás Moulian, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA EN CHILE, Santiago, Ediciones Flaco, 1983.

3. Viabilidad de la “Vía chilena”

En realidad, la pregunta sobre la viabilidad del tipo de tránsito que la Unidad Popular preveía no tiene una respuesta de otro tipo que la que pongo en boca de Allende, que es una respuesta no empírica, sino política (era lo que se había prometido) o normativa (había que intentarla, porque evitaba la sangre).

Quizás el modo más fecundo de preguntarse por la viabilidad del proyecto que la Unidad Popular se propuso sea preguntarse por las condiciones mínimas de su puesta en práctica. El tránsito institucional implicaba como condición necesaria que el gobierno popular generara acumulación de fuerzas y que se concibiera el tránsito como una realización progresiva de reformas, materializadas a través de sucesivos períodos de gobierno. En ellos las fuerzas socialistas deberían contar con mayoría en el Parlamento para no quedar neutralizados, o en su defecto conseguir la posibilidad de una alianza del tipo “bloque por los cambios”. Esta modalidad coalicional implicaba la capacidad de la izquierda marxista de atraer hacia el campo de un socialismo definido de modo amplio, a fuerzas nacional-populares de carácter no marxista.

No era posible pensar en la viabilidad de un tránsito institucional sin esas condiciones mínimas. Una izquierda minoritaria en el Parlamento y sin capacidad de articularse con otras fuerzas progresistas, seguramente más ambiguas que ella misma, no estaría en condiciones de realizar el camino que se había propuesto y casi seguro se enfrentaría a los terribles dilemas de las dos éticas

irreductibles que, según Weber, deben guiar la política: la de la responsabilidad y la de la convicción.

Si esa izquierda, en vez de realizar las indispensables políticas de ensanchamiento persuasivo de sus bases originales de apoyo o, en su defecto, las políticas articuladoras de construcción coalicional, insistiere en llevar adelante cambios radicales en condiciones de minoría estatal, acabaría polarizando al sistema político hasta llevarlo a extremos críticos.

Una crisis política global siempre involucra a la sociedad como un todo, puesto que por definición ella se difumina, no es sectorial y no se limita a un espacio segmentado. Una crisis de ese tipo desarticula a la sociedad, genera incertidumbre, porque consiste en el enfrentamiento sin cuartel de bandos enemigos. Intentar el tránsito institucional sin construir las condiciones mínimas descritas, significaba caminar cerca del precipicio, al borde del caos.

Cuando Allende triunfó en septiembre de 1970 estaba perfectamente claro que enfrentaría una situación minoritaria en el Parlamento, por lo menos hasta la mitad eventual de su mandato. En esas condiciones iniciales, ¿cómo era posible llenar los prerequisites para un tránsito institucional?

No había otro camino que la construcción de un "bloque por los cambios". Está claro que esa posibilidad nunca pudo concretarse. ¿Pero era ella imposible? Si así fuera, el triunfo de Allende debe interpretarse como una tragedia y su derrota como el cumplimiento de un destino. Hay que dilucidar entonces si el fracaso en la constitución de ese tipo de coalición constituye una fatalidad o si hubo posibilidades desaprovechadas; si el fracaso, entonces, puede atribuirse a errores en el contenido o en la temporalidad de la toma de decisiones.

Dos cosas pueden afirmarse con certeza. Primero, las posibilidades de fracaso o éxito eran dinámicas y dependían de las políticas coalicionales puestas en aplicación por el gobierno de Allende y de la respuesta del centro. Segundo, en la medida que disminuían las posibilidades de constituir un "bloque por los

cambios", aumentaban los riesgos de radicalización dentro de la propia Unidad Popular, crecía la posibilidad de que se desarrollara una crítica interna al camino elegido y se desplegaran esfuerzos para reemplazarlo.

¿Fue posible constituir un "bloque por los cambios" durante el gobierno de Allende en torno al proyecto de tránsito institucional hacia el socialismo y del programa de la Unidad Popular? Me parece que no. Solamente hubiera sido posible a través de una negociación en que se modificaran las finalidades del proyecto global de la Unidad Popular y del programa de corto plazo; donde se deliberara, con ánimo abierto, sobre el sentido del futuro, sobre las formas que debería adoptar el socialismo y sobre las medidas de la etapa en desarrollo.

Y esa discusión estratégica nunca estuvo planteada, porque la Unidad Popular no quería perder la oportunidad de entrar en la historia y nadie en su interior estaba en condiciones de intentar, por lo menos desde el principio, una negociación donde la revolución soñada se transformara en un conjunto limitado de reformas. Tampoco, y éste es el punto principal, nadie en los partidos se atrevió a sacar las consecuencias de lo planteado por Allende en su discurso del 21 de mayo: que la "Vía chilena" no solamente modificaba la forma de llegar al poder, sino también modificaba el tipo de socialismo, el cual no podía ser más pensado como "dictadura del proletariado" y "estatización de la economía"⁴⁸.

A su vez la Democracia Cristiana de los años setenta estaba bastante lejos de aquella organización que, hasta antes de conquistar el gobierno, trataba de construir el comunitarismo como alternativa al capitalismo. Había derivado a una postura de modernización reformista, minada por las sucesivas escisiones desde la izquierda (la de mayo de 1969 que dio origen al MAPU y la de julio de 1971 que dio origen a la Izquierda Cristiana).

48 Gonzalo Martner (Compilador), "SALVADOR ALLENDE...", *Op. Cit.*

Además, un partido de centro en una situación de polarización extrema, enfrenta siempre poderosas presiones. Pierde en esas circunstancias las ventajas de posicionamiento y pasa a ser esa "hoja al viento" que había descrito Sartori⁴⁹. En las situaciones revolucionarias, aun aquellas institucionales como era la chilena, las condiciones de crisis eran la constante y, por lo tanto, las posibilidades de polarización eran recurrentes. Los partidos centristas son empujados, por las fracciones radicalizadas de los dos actores principales, a abandonar el espacio intermedio. Esas fuerzas extremas, quienes expresan mejor que los "moderados" la dinámica y la atmósfera de una situación revolucionaria, buscan de manera empeñada el "vaciamiento" del centro.

La misión imposible de Allende (apoyado por los comunistas), su intento abortado, era conseguir pactar, en medio de una lucha política desencadenada. Su esfuerzo estaba orientado a intentar atraer o, en caso contrario, a neutralizar al centro. Quizás comenzó sus esfuerzos con retraso, cuando ya se había agotado el efecto del "tomicismo" dentro del Partido Demócrata Cristiano.

Puede especularse que entre septiembre y noviembre de 1970 pudo haber mejores condiciones para una negociación con ese partido, debido en parte a la influencia de Tomic y a la reciente memoria de su programa populista. El otro elemento favorecedor era que la Unidad Popular todavía no gobernaba, por lo tanto no existían ni recriminaciones ni acusaciones concretas. Al contrario, su conducta en la coyuntura había sido impecable, mientras que la derecha y ciertos sectores de la Democracia Cristiana habían visto su imagen ensombrecida a causa de las revelaciones sobre el asesinato del General Schneider. Pero esa posibilidad fue apenas considerada. La Unidad Popular, feliz por haber sorteado con éxito las dificultades de la nominación parlamentaria, no parece haber tenido conciencia de las dificultades que enfrentaría. Desaprensiva, dejó que los acuerdos de la negociación exitosa con la Democracia Cristiana se

limitaran al plano coyuntural. ¿Hubiera actuado de otra manera de haber sabido que esa oportunidad no se repetiría?

Como se ha dicho, era prácticamente imposible que la Unidad Popular, aun si hubiese previsto un escenario de catástrofe, renunciara a intentar la aplicación de su programa y entrara de antemano a negociar, a ceder.

Un análisis frío y racional quizás lo hubiese aconsejado, pero la política nunca ha sido un tablero de ajedrez, sino un campo, vivo y bullente, de fuerzas o pasiones en pugna.

⁴⁹ Giovanni Sartori, *EL SISTEMA DE PARTIDOS I*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

CAPITULO V

El tiempo de la fiesta
y de la conspiración

1. La revolución en desarrollo

La Unidad Popular constituyó una revolución en acto. Alguien, movido por reflejos ortodoxos, podría preguntarse: ¿cómo puede afirmarse esto si era obvio que se carecía de la totalidad del poder estatal, si no se había destruido el Estado preexistente?

Sin embargo, fue una revolución en proyecto que la hacía ser en acto, tanto por el tipo de discurso, sobrecargado de los simbolismos de identidad y de diferencia de ese tipo de relato político, como por las medidas aplicadas apenas iniciado el gobierno (utilización de estrategias extra-parlamentarias para transformar las relaciones de propiedad), como por la actitud de los sujetos a quienes se apeló como protagonistas (los obreros, campesinos, los pobres), y que actuaron como tales, bien asumiendo, como la CUT, la lógica del cálculo realista y la colaboración constructiva o bien asumiendo la lógica pasional y rebelde de los campesinos que ocupaban fundos, de los trabajadores sobre-explotados que se tomaban una pequeña empresa o de los pobladores sin casa que invadían terrenos.

También lo fue por la actitud de sectores empresariales y de la derecha política que adoptaron, desde el principio, una estrategia de lucha sin cuartel y por la inserción de la experiencia en el esquema de polarización de la guerra fría. Tanto los papeles de la ITT, como las actas del Congreso estadounidense⁵⁰, como la propia autobiografía

50. DOCUMENTOS SECRETOS DE LA ITT, Santiago, Editorial Quimantú, 1972.

de Kissinger muestran el nivel de preocupación y de ansiedad paranoica que el caso chileno produjo e informan sobre las acciones de intervención realizadas. Sin embargo, ninguna de esas fuentes provoca el impacto del film reciente de Oliver Stone sobre Nixon, donde ese oscuro personaje, magistralmente interpretado por Anthony Hopkins, discute sobre la suerte de Allende y de la Unidad Popular con la ultraderecha del exilio cubano. La vulgaridad procaz del lenguaje usada en el relato, revela el odio intenso que el héroe de Watergate sentía hacia Allende y la carga de intensidad pasional que provocaba, en los altos dirigentes de esa administración, la llegada al gobierno de un presidente marxista.

2. El desenfreno

Pero por lo mismo que tenía un poder político parcial fue también una revolución de “profetas desarmados”, una experiencia donde el imaginario de actores que poco podían pero soñaban poderlo todo, fue tomando la forma de ilusión y al final de delirio de omnipotencia. El astuto Maquiavelo, intelectual al servicio de los señores de Florencia, propone esta “regla de oro” para los príncipes reformadores, en el capítulo VI de su obra maestra:

“...el carácter de los pueblos es tan voluble, que fácilmente se les persuade de una cosa; pero difícilmente persisten en ella, conviniendo organizar el régimen de modo que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer por fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no hubieran logrado, estando desarmados, que sus instituciones duraran largo tiempo, como en nuestros días ha ocurrido a fray Jerónimo Savonarola, cuyas reformas fracasaron tan pronto como la muchedumbre empezó a no creerle, por no tener medios coercitivos para obligarla a persistir en sus opiniones, ni para convencer a los incrédulos”⁵¹.

Como se sabe, Maquiavelo fue un historiador erudito, estudioso de las estratagemas y recursos del poder político. Las reglas que él propone surgen de una acuciosa revisión casuística. Aunque algunos intérpretes relativizan el valor de sus propuestas normativas porque

⁵¹ Nicolás Maquiavelo, *EL PRINCIPE*, Editorial Centro Gráfico, 1997, p. 41.

sus reflexiones son previas a la formación de los grandes estados modernos, es uno de los pensadores que más aporta al estudio de las complejas y variadas relaciones entre violencia y política.

Sin embargo, la izquierda de la década del sesenta no era muy sensible al argumento "maquiavelista". Se hubiera escandalizado con la literalidad del texto citado, con la brutalidad y el descaro de las palabras del florentino. Sólo podía aceptarlas cuando le llegaban traducidas al término mágico de "correlación de fuerzas". Pero aun los leninistas estaban muy influidos por la tradición humanista que invadió el marxismo occidental de la postguerra, hasta el momento del viraje producido por Althusser. Una parte de esa izquierda se interesaba en la ampliación del "frente", en atraer cristianos y capas medias. Por ello no es de extrañar que su presentación de la "vía chilena" alcanzaba a veces un lirismo que escamoteaba las dificultades.

Pero, sobre todo al principio, obnubilados por la naturaleza de la "vía chilena", no se captó que, para efectos políticos, la revolución ya estaba en acto, aunque la Unidad Popular siguiera operando dentro del sistema político y definiera la etapa como previa a la "toma del poder", momento en el cual los enemigos estarían privados de fuerza autónoma.

Entre los enemigos, pero también "entre la clase y sus aliados", se vivía y se actuaba como si la revolución socialista existiera. Solamente los teóricos y los dirigentes eran capaces de establecer las diferencias y de distinguir entre gobierno y poder. Los discursos, entre ellos también los de Allende, no contribuían en nada a establecer diferencias entre la revolución como anhelo o como metáfora y la revolución como "actualidad". Como bien se sabe, eso ocurre frecuentemente con los discursos políticos, porque éstos tienen una función movilizadora que interfiere la función intelectual, tan relevante dentro de la teoría marxista.

La Unidad Popular fue revolución de un modo muy distinto que la de Pinochet, diferencia que no radica sólo en los proyectos antagónicos. Pinochet era un "maquiavelista" y no pretendía que su

proyecto pudiera realizarse pacíficamente. Sabía que necesitaba del Terror y lo usó sin contemplaciones ni remordimientos, con la ferocidad de un militar en guerra. La Unidad Popular habló de la revolución como camino arduo pero despejado a una "tierra de promisión"; como si nada fuera a ocurrir, como si fuéramos inmunes a toda desgracia. Como si efectivamente estuviéramos en la Inglaterra de los laboristas de la postguerra, se nacionalizó la banca usando mecanismos de mercado y se nacionalizaron industrias o comercios mayoristas utilizando ciertos residuos legales de la efímera "república socialista" de 1932. Pero en Chile los enemigos no se limitaban a discutir con fiereza en la Cámara de los Comunes.

Aunque algunos de los dirigentes pensaron que sólo el definitivo asalto al poder resolvería las contradicciones, Allende siempre intentó mantenerse dentro de los marcos de la "vía chilena". Tuvo la suerte desgraciada y trágica de Savonarola, el destino de los "profetas desarmados".

El período de la Unidad Popular fue una constante pugna entre la búsqueda de un orden, que constituía un equilibrio precario conseguido contra las presiones caotizantes, y la búsqueda del ideal prometido, de lo máximo, de la realización completa del proyecto de tránsito institucional al socialismo, de aquellas metas que Allende había descrito en su discurso del Estadio Nacional.

Junto con la lucha principal entre revolución y contra-revolución, esta fue la otra contradicción profunda, cuya expresión política consistía en la pugna entre quienes buscaron un pacto casi imposible con el centro y quienes intentaron "avanzar sin transar".

El caos constituye la peor amenaza que enfrenta una revolución en sus inicios, porque es la tendencia más difícil de evitar. Ya dijimos que por mucho que se predique la austeridad y la disciplina, una serie de factores impulsan al desenfreno y dificultan la contención. La instalación en el imaginario social de la posibilidad revolucionaria y del discurso de su presunta irreversibilidad, desata la "fiesta" y también pone en marcha la conspiración.

En un proceso revolucionario se vive una constante tendencia a que la "fiesta" supere el nivel puramente ritual y se convierta en una expresividad transgresora, tendencia que no es refrenable por la prédica realista ni por los llamados a la austeridad. Esto significa que la "fiesta" tiende a ir (y en realidad, generalmente va) mucho más allá de la ocupación de los espacios públicos para hacer uso de una nueva libertad: la de no ser hostigados por la fuerza pública, la de cantar a pleno pulmón la Internacional o gritar "el pueblo unido jamás será vencido".

La "fiesta" es una de las dimensiones inherentes a los procesos revolucionarios, por cuanto en ellos se produce una subversión de los órdenes y jerarquías subjetivas de poder y por lo tanto se rompen tabúes simbólicos, diferenciaciones sociales establecidas y cristalizadas: cambia el tono y las modalidades del trato de obreros a gerentes, de criadas a señoras, de campesinos a patronos o administradores. Los poderes establecidos se desmoronan en el espacio de su cotidianeidad. Es en esos ámbitos del disciplinamiento social donde la revolución en sus dimensiones moleculares, en cuanto transgresión de pautas de autoridad y jerarquía en el trato, se ponía en acto diariamente. Pero además de esa transgresión microsocia existía la otra, las ocupaciones de fábricas, fundos, sitios, que el gobierno aceptaba y legitimaba, incluso legalizaba. Esto representaba pasar el límite, amenazar al fundamento mismo del orden, porque constituía la burla al principio sacrosanto de la propiedad burguesa.

El desarrollo de la crisis consistió, en el nivel de lo social, en el despliegue y en la materialización creciente de lo caótico, y en el nivel de lo político, en la polarización extrema, por un lado, y en la pérdida de la capacidad de dirección, por el otro.

La caotización de la sociedad es el producto, entre otros factores, del desenfreno, en su doble aspecto de desenfreno "festivo" y conspirativo.

El primero proviene del carácter que adopta lo "festivo" en los procesos revolucionarios, el cual consiste en el "desate" de la expresividad plebeya, sea ésta ritual o transgresora. Esa es una reacción

esperable por parte de los ignorados por la vida y por la historia que, nombrados y señalados como protagonistas, realizan gestos de poder micro y macrosociales, desarrollan la potencia con que han sido investidos.

El segundo es una de las resultantes de la lucha de clases. Especialmente en una situación como la chilena, donde el proceso revolucionario se desarrolló sin la previa destrucción del Estado burgués como lo enseñaba la teoría, la contrarrevolución compartía el mismo espacio con el otro proyecto, con la revolución. La lucha era legítima y pública, abierta y constante en todos los niveles, tanto en lo micro como en lo macro. Y, por supuesto, la conspiración buscaba fomentar no los aspectos entrópicos de la "fiesta" (la cual por supuesto los tiene), sino los aspectos caotizantes. Buscaba remetabolizar, transformar en ingobernabilidad la potencia que podía derivarse de la expresividad plebeya, acarreado de esa manera agua para su propio molino⁵².

Veremos algunas de las importantes expresiones de desenfreno que contribuyeron a la caotización. Uno de los aspectos decisivos fue que se aplicó una política económica de nítida orientación populista, por ende dadivosa en materia distributiva. Se trataba de una estrategia que, para ganar el presente, se jugaba el futuro, lo arriesgaba e hipotecaba. Las medidas de alzas salariales aplicadas tenían la virtuosa triple intención de reactivar la economía, de disminuir desigualdades y de ampliar la base social del gobierno, en vista de la confrontación electoral de abril de 1971.

Pero la política económica de Vuskovic no tuvo un horizonte estratégico compatible con las exigencias de la acumulación de fuerzas en el marco de la institucionalidad existente. Ella no tomó en consideración que la combinación de políticas económicas de expansión de la demanda con medidas de cambio de la propiedad y de la gestión de importantes empresas, necesariamente iban a

⁵² Ingrid Seguel-Bocara, *LES PASSIONS POLITIQUES AU CHILI DURANT L'UNITE POPULIERE*, Paris, Editions L'Harmattan, 1997.

paralizar las inversiones privadas tanto nacionales como extranjeras y estorbar el funcionamiento de los procesos de producción, por factores técnicos y por cuestiones asociadas a la lucha de clases. Como todas las políticas económicas populistas ella fue coyunturalista y desaprensiva respecto al futuro. Esa desaprensión, fortalecida por los exitosos resultados macroeconómicos de 1971, retardó las necesarias correcciones que exigía la coyuntura económica. En septiembre de 1971 empezaron a apreciarse los primeros síntomas de desabastecimiento, generados tanto por los efectos de la sobre-demanda sobre una capacidad productiva copada, como por las maniobras concertadas de acaparamiento, puestas en práctica por sectores conspirativos que buscaban la caotización, hábiles para profitar de las situaciones propicias. Se estaba ante el preludio de las colas, el paisaje cotidiano del 72 y del 73⁵³.

¿Cómo fue posible que no hayamos considerado el enorme peso simbólico de esas filas de mujeres, niños, a veces hombres, esperando durante horas para obtener algunos alimentos fundamentales? La desaprensión y las luchas internas de la Unidad Popular permitieron que pasara el tiempo sin introducir correcciones y que pudiera materializarse el poderoso fantasma simbólico del racionamiento, esa imagen degradada de los "socialismos reales", la de la igualación en la pobreza y en la corrupción del mercado negro.

El desenfreno en el terreno político, el campo decisivo de toda lucha por el poder, tuvo un doble aspecto: la ineficacia de la estrategia "moderada", dirigida por Allende, para conseguir negociaciones viables y la incapacidad del "polo revolucionario" para proponer soluciones radicales verosímiles. No fue sólo la estrategia radical la responsable de los errores políticos, fue la combinación, la doble ineficacia.

53 Manuel A. Carrstón y Tomás Moulian, "EL CONFLICTO...", Op. Cit.

3. La pérdida de dirección política

Esta doble incapacidad produjo el fenómeno de la creciente ausencia de dirección política, lo que generó la pérdida total de la brújula en los momentos de crisis, con lo cual el barco quedaba al garete. Esta dificultad de producir dirección política tiene que ver con la situación de "empate catastrófico". Existía una división interna de la coalición gobernante que provocaba casi un equilibrio de fuerzas, lo cual entorpecía enormemente la toma de decisiones.

Siempre, incluso en situaciones de calma, con predominio de proyectos reproductores que no provocan tensión política, un empate de ese tipo representa una situación desestructurante. Mucho más lo fue en el contexto de la desatada lucha política de clases.

Sin embargo, hubo durante el proceso momentos de unidad de acción y de dirección política eficiente. Uno de ellos fue la coyuntura inmediatamente posterior al triunfo electoral, que abarcó desde el 5 de septiembre hasta el 4 de noviembre de 1970.

En ese período Allende tuvo un rol protagónico. Logró manejar muy bien los recursos de poder de que disponía y logró orquestrar adecuadamente a los actores. En esa coyuntura había que conseguir simultáneamente mostrarse decidido y flexible; era necesario afirmar la realización del programa propuesto pero también mostrarse abierto a la negociación; había que contener a los impacientes sin asustar a los moderados.

La conducción táctica de Allende fue magistral. Sin ceder en cuanto a promesas programáticas, fue capaz de ir estructurando un

espacio de consenso con el partido centrista. Hábil manejador de los hilos misteriosos de la política de coyuntura, percibió que un pacto constitucional con la Democracia Cristiana era necesario para conseguir los votos necesarios para la ratificación por el Congreso. Antes que muchos otros se dio cuenta, en primer lugar, que la Democracia Cristiana no estaba en condiciones de aceptar la hábil propuesta de la derecha de una segunda elección de Frei y, en segundo lugar, que ella necesitaba poner condiciones, porque no podía realizar una entrega incondicional⁵⁴.

En una negociación a dos bandas, Allende dirigió las discusiones para elaborar el pacto constitucional y logró convencer a los sectores que eran reticentes a realizar el gesto táctico de otorgar garantías. Para Allende aquellos que alegaban que la izquierda no tenía que dar examen sobre su vocación democrática, no captaban, en realidad, la naturaleza de lo que estaba en juego. En su criterio el gesto era pequeño, insignificante, como condición para poder asumir el gobierno.

En otro momento del proceso también Allende logró imponer su astucia y su capacidad de dirección táctica. Fue en la coyuntura inmediatamente posterior al éxito en las elecciones municipales de abril de 1971. El crecimiento electoral alcanzado por el gobierno y el fracaso de la Democracia Cristiana en su objetivo de anular a la derecha y de convertirse en el partido dominante de la oposición, hicieron a Allende percatarse de que existía una posibilidad de incitar a la Democracia Cristiana a un acercamiento político con la izquierda⁵⁵.

Esa fue la intención estratégica de dos importantes discursos programáticos pronunciados por el Presidente, el 1 y el 21 de mayo de 1971. En ellos se definió la "vía chilena" como un proceso en el cual se

54 La propuesta de la derecha fue que la Democracia Cristiana votara por Alessandri, comprometiéndose éste a renunciar por enfermedad después de jurar como Presidente. De esa manera era posible convocar a una nueva elección, en la cual Frei sería elegible.

55 La Unidad Popular obtuvo en esos comicios, sumándole los votos de la Unión Socialista Popular que no participaba del gobierno, el 50,9%. La Democracia Cristiana no consiguió ni menguar decisivamente los votos del Partido Nacional ni distanciarse significativamente de éste. Sacó el 26,2% de los votos, mientras el Partido Nacional obtenía el 18,5% y su aliado, la Democracia Radical, el 3,9%. La distancia disminuyó del 9,81 al 7,68.

respetarían las instituciones democráticas, el pluralismo político y las libertades civiles. El paso al socialismo fue presentado como una "profundización de la democracia"⁵⁶.

El tono de esas intervenciones de Allende distendió las relaciones con el principal partido centrista. Ese proceso fue favorecido por la actitud del ala izquierda de esa organización política, la cual estaba propiciando un acercamiento con el gobierno, preocupada por el distanciamiento creciente respecto de lo popular. Sin embargo, esa atmósfera propicia fue violentamente rota por el insensato asesinato del ex-ministro del Interior de Frei Montalva, Edmundo Pérez Zujovic, ejecutado los primeros días de junio.

Después de ese incidente provocado por un actor "outsider", o sea por una organización de ultra-izquierda que se movía con una racionalidad imprevisible, Allende no logró evitar que se tomaran algunas decisiones que empeoraron las relaciones políticas con la Democracia Cristiana.

La principal de ellas fue el rechazo por parte de la Unidad Popular de la propuesta de Allende para que se respetara el mejor derecho de la Democracia Cristiana en una elección complementaria por Valparaíso, destinada a reemplazar a un parlamentario de ese partido, recientemente fallecido. El Partido Socialista insistió en afrontar la competencia y logró el apoyo de otros partidos decisivos dentro de la coalición, como los comunistas.

Esa opción coyuntural, fue importante por sus efectos concretos en el corto plazo, pero sobre todo porque reflejaba un modo de enfrentar las relaciones con el partido centrista. Esa manera puede interpretarse como un fatalismo frente a la ambigüedad de la Democracia Cristiana. Pero, en realidad, ella escondía una opción "izquierdista", que prefería el antagonismo al entendimiento con el centro. Esta última posibilidad era considerada un peligro, por cuanto implicaría compromisos y concesiones que retardarían la soñada realización del ideal máximo. Los "polos revolucionarios" siempre

56 Gonzalo Marbuert (Compilador), "SALVADOR ALLENDE...", OP. CIT.

representan el purismo moral y la ética de la convicción contra el realismo de los "moderados revolucionarios". Por tanto, tras la actitud dogmática de no reconocer el mejor derecho de los demócratas cristianos en una simple elección complementaria por Valparaíso, hay mucho más que voracidad particularista.

En esa opción se expresa la preferencia de que el partido centrista se una con la derecha, en gran parte porque se supone que en ese posicionamiento realizaría su verdadera naturaleza reaccionaria. Al impulsar o, más bien, empujar, al Partido Demócrata Cristiano hacia ese pacto se conseguiría consumir la "purificación" de esa organización, su preparación para que pudiera alcanzar su verdadero sitio, de modo tal que la realidad resultara clara, transparente. Ese lugar "natural" era, para la mentalidad política de los partidarios del "polo revolucionario", la alianza con la derecha. ¿Qué hay detrás de esta especie de actitud suicida? Lo que ella refleja es la realización inconsciente de una profecía catastrófica para la lógica de la "acumulación de fuerzas". Detrás de todo estaba presente la gran tentación, la que conducía al ideal del "aislamiento purificador".

No era verdad que la organización centrista predominante ya estuviera cristalizada en sus opciones de derecha. En realidad, durante todo el año 71 y, con más fuerza en el momento que se toma la decisión comentada, existía en su interior un importante sector de izquierda, quien, además, estaba a la ofensiva y se articulaba con una dirección que no representaba a la derecha del partido, sino más bien a los sectores intermedios entre la izquierda y la derecha.

Al no aceptarse la propuesta de Allende se forzó a la Democracia Cristiana al pacto electoral con la derecha, lo que provocó la separación del ala izquierda, alterada por ese comportamiento reaccionario. Esta ruptura debilitó dentro del partido centrista a los sectores partidarios del entendimiento con la izquierda. Su efecto objetivo fue contrario a lo deseado por los militantes que abandonaron el partido.

Sin embargo, esa ruptura también encajaba en la lógica descrita, la de los sectores que, desde la izquierda, querían realizar la polarización, esto es la pendulación definitiva del centro hacia la derecha. Para ellos solamente ese vaivén eliminaría el peligro de un equilibrio reformista.

Vistas las cosas desde esa perspectiva, el comportamiento del Partido Socialista no fue irracional. Más bien fue una imposición, quizás inadvertida, de la racionalidad política de la tendencia más radical, la cual no hablaba aún a través de un texto preestablecido, sino más bien a través de actos que anulaban las posibilidades alternativas.

De ese modo, la línea del "polo revolucionario", aún no plenamente articulada como praxis provista de un discurso, de una autorreflexión, creaba condiciones para el fracaso de la única estrategia posible para los "moderados revolucionarios", el entendimiento con el centro en torno a una solución progresista de los problemas pendientes, entre ellos el fortalecimiento del área social de la economía.

Las posibilidades de ese entendimiento eran débiles, por razones estructurales que tenían relación con el tipo de proyecto de la Unidad Popular. Como se ha dicho, la Democracia Cristiana estaba hace tiempo abandonando a pasos agigantados sus tendencias comunitarias, para convertirse en un adalid de la modernización humanista-burguesa. Pero esas posibilidades fueron debilitadas aun más por la atmósfera de la coyuntura post-electoral, aquella que transcurrió entre los comicios municipales de abril de 1971 y el comienzo de la ofensiva opositora en septiembre de 1971.

Además del asesinato de Pérez Zujovic, el cual instaló la sospecha de la simulación y favoreció la percepción de la Unidad Popular como una fuerza política que no actuaba regida por límites éticos, otros sucesos interfirieron las ya remotas posibilidades de acuerdo. Estos fueron la comentada decisión de no apoyar al candidato demócrata cristiano y el consiguiente forzamiento al pacto con la derecha; la división del partido centrista ejecutada por su ala

izquierda, operación que fue recibida con aplausos por la Unidad Popular y, en una medida menor, la “marxistización” del Partido Radical, seguida de su inevitable división.

Todos esos pequeños acontecimientos fueron interpretados por sectores interesados de la derecha demócrata cristiana, como indicios de una voluntad de debilitamiento del centro, para así poder arrastrarlo con facilidad a un comportamiento de apoyo incondicional, sin autonomía, donde sería el “tonto útil” ideal.

Esas interpretaciones antagonizantes habían cobrado aún mayor fuerza, cuando se intentaron las negociaciones formales entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, entre marzo y junio de 1972. Además, la crisis económica se había hecho evidente y el desabastecimiento se estaba convirtiendo rápidamente en una realidad cotidiana. En esas circunstancias la Democracia Cristiana, en alianza con la derecha, obtuvo la aprobación por el Congreso de una ley que limitaba la posibilidad de constituir el área de propiedad social. Esto forzó una negociación política entre el partido centrista y la Unidad Popular.

Esas conversaciones fracasaron, pese al amplio espectro de cuestiones en que se consiguió consenso y al carácter mínimo de las diferencias. Eso muestra que ya era imposible cerrar una negociación exitosa. Tras bambalinas operaban fuerzas que no daban la cara, que no construían discursos, porque se movían fuera de esa esfera. Es indispensable entender ese fracaso como un episodio en el cual triunfaron los sectores extremistas de los dos bandos principales en que estaba dividido el campo de fuerzas.

El término sin éxito de las negociaciones, cuya consecución era clave para los “moderados” de ambos sectores, muestra que tras la aparente tripartición del campo, ya se había producido el proceso decisivo, el vaciamiento del centro. Había una alineación antagónica, oculta tras la tripartición. Para los extremistas de ambos sectores (“polo revolucionario” y “golpistas”, fueran éstos conscientes o no) la negociación exitosa representaba una derrota, la imposibilidad de pasar a la etapa superior de la “conquista del poder” o la imposibi-

lidad de arrastrar a la totalidad del partido centrista a una política desestabilizadora.

Allende no pudo, en esas condiciones, imponer su realismo táctico. Sus operaciones eran constantemente boicoteadas por aquellos actores inspirados en la lógica de la radicalización necesaria, que era la racionalidad asumida por la dirección socialista.

La posibilidad de otorgar dirección, de producir articulaciones coherentes, estaba “sobredeterminada” por la situación de empate político. Ya el bloque “moderado” no tenía la misma libertad de acción que el principio, puesto que el “polo revolucionario” se había fortalecido al amparo de la situación de crisis y planteaba una alternativa política diferente, no solamente una crítica de la acción gubernamental.

Este enfrentamiento llegó a niveles paroxísticos, por la fuerza del cuestionamiento y por los niveles de progresiva autoanulación, a propósito de la participación de los militares en el gobierno de la Unidad Popular. Esta operación, también impulsada por Allende, fue exitosa en el nivel táctico, porque en lo inmediato aumentó la imagen de legitimidad del gobierno y su capacidad de acción. Sin embargo, provocó una fractura ideológica sin cierre en la Unidad Popular.

Se estaba en un momento político en el cual tanto la lucidez y sensibilidad realista de Allende como su gran perspicacia para captar las más leves modificaciones de las correlaciones de fuerza, ya no bastaban. Su omnipotencia de negociador obstinado se enfrentó a una situación donde no podían dar resultados las ilusiones de arreglar los problemas a base de “muñeca”.

La influencia del Presidente y sus aliados se debilitó, tocó sus límites, porque en las condiciones y en el clima de una crisis, no estuvo dispuesto a meter en un mismo saco al “polo revolucionario” y a los “golpistas”, para armar desde las ruinas un gran frente moderado que los contuviera.

4. La alternativa del “polo revolucionario”

Aquí enfrentamos uno de los aspectos más dramáticos de la situación chilena en los años 72 y 73. El crecimiento del “polo revolucionario” era comprensible como reacción contra las debilidades e incoherencias de los “moderados revolucionarios”. Pero, a su vez, era irracional como alternativa. Confundía el plano de la necesidad con el plano de la posibilidad. A partir de octubre del 72 el realismo moderado ya tenía muy pocas cartas, pero eso no hacía posible la estrategia de “avanzar sin transar”.

Una parte significativa de la caotización fue producida por el desenfreno que surgía del protagonismo plebeyo, del comportamiento de masas que se tomaban en serio su papel de actores históricos y que, en ocasiones, actuaban con autonomía, desde sus impulsos espontáneamente vividos. Eso efectivamente provocaba la dificultad, desde posiciones de moderación y de realismo, de poder contener el movimiento desplegado. Esas posturas resultaron ser tan irreales como sus opuestas.

El drama consistía en que ni una ni otra tuvo conciencia de sus dificultades efectivas y el proceso total fue vivido entre medio de una doble retórica. Por un lado estaba la retórica de los “moderados” que se hacían la ilusión (con Allende y el Partido Comunista a la cabeza) de la posibilidad de controlar sin costos la dinámica desplegada.

Por el otro lado estaba la retórica de los maximalistas que creían que se podía, con muy pequeños costos, realizar el eslogan de “avanzar sin transar”.

Todos estaban atrapados por el “facilismo” que derivaba de la creencia en la excepcionalidad del caso chileno, una suerte de isla donde todo era posible, donde las instituciones eran maleables y elásticas y donde la lucha de clases también sería civilizada. La idea de vivir en el oasis del conflicto regulado, una ilusión ideológica donde Chile aparecía idealizado, permitió que se borrara la conciencia de límites y de determinaciones, que se borrara la historia y fuera sustituida por la construcción mítica de un devenir sin abismos y con sólo pequeñas discontinuidades⁵⁷.

“Avanzar sin transar”. Es difícil negar que ese camino podía aparecer como el mejor, porque tenía el atractivo de lo no-ambiguo, de la pureza, de la claridad. Además, el discurso del “polo revolucionario” no era ingenuo, se conectaba con un principio de realidad, porque consideraba que el camino propuesto era escarpado y que llevaría a un enfrentamiento inevitable. En cuanto negación de la teoría del tránsito institucional parecía encarnar un nuevo realismo, construido sobre las ruinas de la estrategia conciliadora y negociadora de los “moderados revolucionarios”.

Pero, lo que resulta incomprensible es la falta de una relación instrumental con las condiciones de posibilidad. El horizonte de esa estrategia era la agudización de las contradicciones y la forma prevista de resolución era el enfrentamiento entre las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución a la ofensiva. Su estrategia discursiva (mucho más clara en los textos del MIR o de los sectores radicalizados del MAPU) implicaba leer al gobierno como reformista y, como subtexto de esa escritura principal, presentar a Allende como un conciliador, en la medida que se había jugado por la negociación con la Democracia Cristiana sobre el proyecto de las “tres áreas de la

57. Mario Góngora, *ENSAYO DE INTERPRETACION HISTORICA SOBRE LA NOCION DE ESTADO EN CHILE*, Editorial Universitaria, 1986. Uno de los méritos de esta gran obra, es que destruye el mito chileno del carácter pacífico de su evolución política.

economía” y porque había sido favorable a la participación militar en el gabinete.

La condición básica de posibilidad de esa estrategia, que trasladaba la resolución del problema del poder de la política institucional con apoyo de masas a la política de la guerra, era haber construido opciones militares viables.

Volcarse hacia ese tipo de estrategia cuando, con la excepción del MIR, recién se estaba comenzando a construir una política militar, no sólo era arriesgado sino totalmente insensato. Tener una política militar implicaba, en un país con un Estado fuerte, instituciones militares por entonces legitimadas y contando con significativas fuerzas moderadas no revolucionarias (la Iglesia y el Partido Demócrata Cristiano), ser capaces de realizar operaciones mucho más complejas que tener armas para distribuir al pueblo e incluso que tener soldados dispuestos a jugarse la vida. Esos soldados, para no ser unos Robin Hood perdidos en el bosque, debían contar con planes operacionales, claras líneas de mando y sistemas de logística.

También era necesario tener una política en ejecución, no solamente en proyecto, respecto al aparato militar estatal. Esto significaba una estrategia que calculara los costos de orientar la acción proselitista hacia la tropa, a nombre de un cálculo clasista, en vez de hacia sectores potencialmente movilizables de la oficialidad. Tener una política frente al aparato militar estatal requería también, entre otras muchas cosas, relacionarse en forma política con los altos mandos constitucionalistas existentes hasta la partida de Prats⁵⁸.

Nada de eso existía de manera orgánica, estaba sólo en germen, como lo demuestra el rápido desmantelamiento de las redes políticas de izquierda dentro de la Marina.

Es verdad, por otra parte, que una revolución que enfrenta su momento decisivo no puede esperar que todas las condiciones materiales y subjetivas estén cubiertas. Toda política, y en especial

58. Es importante para estos temas la lectura de las *MEMORIAS DE CARLOS PRATS*. Ver Carlos Prats, *MEMORIAS, TESTIMONIO DE UN SOLDADO*, Editorial Peluón, 1987.

la revolucionaria, representa una apuesta, tiene aspectos de un salto en el vacío. Los bolcheviques eran minoritarios entre los partidos en pugna, e incluso entre las facciones revolucionarias. Pero ellos sabían que actuaban dentro de un aparato estatal desarticulado, que hacía razonable una apuesta maximalista. Su cálculo fue verosímil, mientras que el de los partidarios del “polo” no lo era.

Una política revolucionaria no puede hacerse desde la desaprensión, el “facilismo” y la retórica, por lo mismo que en ella se multiplican las dificultades del cálculo. La política de los “moderados revolucionarios” fue ingenua y errónea, la de los izquierdistas del “polo revolucionario” fue irresponsable. Hacer la guerra con palabras, careciendo de los recursos que podrían apoyarlas, representa una actitud autodestructiva. Significa facilitar la posibilidad de la masacre, naufragar en una retórica de la muerte. Es crear las condiciones subjetivas para que surja la crueldad como defensa justificable contra la amenaza de una anunciada, pero imposible, “dictadura del proletariado”⁵⁹.

Los “golpistas” quisieron legitimar sus exterminios como inevitables respuestas a imaginarios “planes Z”, amparándose en el despliegue de aquellas construcciones discursivas amenazantes, donde se simulaba una fuerza de la que se carecía. La transparencia del discurso del poder proletario y del discurso de la guerra revela una absoluta falta de sensibilidad de la Unidad Popular frente a los roles simbólicos del lenguaje y su capacidad de crear fantasmagorías, de agitar miedos. Fue la substancia o el contenido amenazante de los discursos de la Unidad Popular, de todos ellos pero especialmente de los que provenían del “polo revolucionario”, la que alimentó la indiferencia futura frente a la crueldad, por parte de tantas personas preocupadas del alma.

Muchas de ellas pudieron vivir esos largos dieciséis años de terrorismo estatal, sin dolor y sin cuestionamientos angustiosos

porque encontraron excusa en la crueldad potencial de los otros, de los enemigos, de la cual habían sido salvados.

La situación de empate catastrófico entre los “moderados” y el “polo” le planteó a Allende el dilema moral que ya comentamos. En el curso de la conversación con Allende que atraviesa de manera discontinua este libro, me imagino el siguiente diálogo:

P.: Presidente, ¿por qué no puso mano dura contra sus propios partidarios que no lo dejaban gobernar?

R.: ¿Usted se acuerda de Lo Hermida? Esa muerte me persiguió durante meses ¿Usted hubiera estado dispuesto a castigar, a encarcelar, a torturar?... Yo no.”

⁵⁹ Ver mi texto, “CHILE ACTUAL...”, Op. Cit.

5. La Unidad Popular y el marco estructural

Algunos ortodoxos, más papistas que el papa, tenderán a preguntarse: ¿no se estará cayendo, en este análisis, en un politicismo excesivo? Desechar los relatos y argumentos relacionados con la lucha de actores o, dicho en forma teórica, el análisis accional de la política, no constituye una adecuada formulación, ni siquiera cuando se realiza a nombre de las sacrosantas reglas estructurales. Estas últimas no actúan por sí mismas en la historia, siempre son vehiculadas, son mediadas por actores concretos.

Pero, de todos modos, es necesario dibujar el escenario de posibilidades de los actores en lucha, relacionándolo con el marco estructural. Sin ello no estaríamos tratando adecuadamente el problema de la viabilidad de la "vía chilena".

La Unidad Popular se ubica en un momento específico del proceso de globalización del capitalismo mundial. Aquel en que las empresas transnacionales habían ya comenzado a extenderse a esta parte del mundo ofreciendo posibilidades de modernización capitalista, al estilo de la Democracia Cristiana. Esto significaba acompañar la profundización de la industrialización, sobre la base de capitales externos, con reformas que podían frasearse en un discurso de justicia social, caro a la diversidad de formas del populismo latinoamericano.

Las evoluciones del capitalismo como sistema mundial produjeron efectos sobre la política de algunos de los países perifé-

ricos. En Brasil desde 1964 y en Argentina entre 1966 hasta 1973 se habían instalado los llamados "regímenes militares de nuevo tipo"⁶⁰.

En los países más industrializados de América Latina la década del sesenta representó la evidencia de una crisis del modelo de desarrollo industrial para el mercado interno. Las limitaciones de ese tipo de desarrollo para adentro o recluso se hicieron sentir con más fuerza después que algunas de las economías con niveles altos o medios de industrialización, como Chile o Perú, habían completado o estaban en proceso de completar las reformas estructurales necesarias para concluir el ciclo de constitución plena de sus mercados internos. Completados esos ciclos se hace patente que la única posibilidad que tenían las economías periféricas latinoamericanas de profundizar su industrialización era abriéndose al capital extranjero, el cual podía (y empezaba a estar interesado en función de sus propias lógicas de desarrollo) aportar los montos de capital necesarios, el know how tecnológico y la experiencia exportadora. Por tanto, profundizar la industrialización en esa coyuntura económica significaba profundizar la desnacionalización de las economías periféricas.

Esto significa que la crisis del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones, básicamente orientadas hacia el mercado interno, se combinó con una etapa del proceso de la globalización de la economía capitalista.

Los "regímenes militares de nuevo tipo" fueron estrategias de adecuación del Estado a las crisis de los capitalismo latinoamericanos y a las necesidades de desnacionalización de sus economías. El golpe militar contra Goulart y el golpe militar contra Illía, representaron esfuerzos para garantizar órdenes políticos estables que dieran seguridad al gran capital nacional y a los inversionistas extranjeros. Esos actos políticos representaron el comienzo del fin de las estrategias "desarrollistas" de carácter nacional-populista.

60 El régimen militar brasileño duró hasta 1985, con una sucesión regulada de presidentes militares. En Argentina en 1976 reapareció la fórmula, durando hasta 1983, con una sucesión no regulada de presidentes militares. Por ejemplo, Galtieri sucedió a Viola como resultado de un golpe interno.

En Chile, donde vivían numerosos exiliados de esas dictaduras, esa significación fue vista, porque por algo se elaboró en la Universidad de Chile la teoría marxista de la dependencia, pero no fue considerado en el análisis de las posibilidades políticas de la Unidad Popular. Esos regímenes militares fueron mirados como meras excrecencias y no se captó su conexión estructural con las nuevas lógicas de la acumulación capitalista.

Cuando se produjeron los golpes de Estado brasileño y argentino, Chile comenzaba la experiencia reformista de Frei, embarcándose en una reforma agraria violentamente rechazada por todos los sectores empresariales. Ciegos a la desgracia, creímos que los militares llegaban al poder en otros países, impulsados sólo por sus apetitos y favorecidos por la ausencia de una fuerte tradición democrática.

No percibimos que tras esos golpes militares existían por cierto factores contingentes, entre ellos la mayor o menor propensión de los militares a intervenir en política, pero también factores estructurales. Las evoluciones del capitalismo mundial y las crisis de nuestros procesos industrializadores habían producido el agotamiento del ciclo populista y se empezaban a poner en movimiento procesos de reestructuración capitalista que tarde o temprano tomarían una amplitud continental.

La Unidad Popular como tragedia⁶¹

Es necesario plantearse una pregunta inquietante: ¿el proyecto de la Unidad Popular, su construcción arquitectural, no reposaba sobre un exagerado optimismo histórico basado en la teoría del

61 Este tema lo había discutido muchas veces con Manuel A. Garretón. No le encontraba razón. Es el momento de reconocérsela.

progreso continuo, la cual, además, era ciega al problema de la “parte maldita”, pasional y egoísta, de la condición humana?⁶².

La izquierda chilena de los sesenta idealizaba la condición humana, estaba empapada de la esperanza en el “hombre nuevo”, y era optimista sobre la trayectoria histórica.

En la dirección pesimista apunta la película que Peter Brook consagró a la obra teatral de Peter Weiss, “Marat-Sade”. La pieza original fue presentada en Santiago en la segunda mitad de la década del 60 por el ITUCH. Al ver el film de Brook me sorprendió descubrir que lo que habíamos leído, en la versión chilena, como un elogio de las revoluciones, aparecía en la versión de Brook como una descarnada meditación sobre la tragedia de las revoluciones. Que nos haya pasado inadvertido ese carácter subversivo de la obra respecto de la “buena conciencia” política, revela nuestra idealización del acontecimiento revolucionario, muestra una visión épica que sobrevivió a las corrosivas denuncias del XX Congreso, sin duda revitalizadas por las esperanzas provocadas por la experiencia cubana, por lo menos hasta antes de la crisis de los misiles y del sometimiento realista a la URSS.

Tomando como tema el asesinato de Marat por Charlotte Corday, el autor reflexiona sobre el destino trágico de las revoluciones. Su pesimismo es genérico y apunta tanto al período del Terror de Robespierre como al de Stalin o al de Mao. Su intención profunda era mostrar que el desencadenamiento de la violencia ponía en ebullición los apetitos destructores de los hombres, disolviendo, debilitando de un modo extremo la posibilidad del control racional de la acción y por ende de los procesos históricos. Esa visión descarnada no se apoya en una lectura optimista, sostenida en la ilusión de la bondad humana y en la posibilidad de que la revolución produzca “hombres nuevos”. Al contrario, la intervención de Sade en la obra

62 Fue Verónica Huerta quien me llamó la atención sobre este aspecto, discutiendo sobre Baudrillard, *Usurpó el término la «parte maldita» de Georges Bataille, quien lo ocupó como título de su libro sobre el gasto y el despilfarro*; Barcelona, Editorial Icaria, 1987.

de Weiss es para recordar la “parte maldita” y la fuerza del instinto fanático o destructor que anida en el corazón del hombre.

Casi todas las revoluciones conocidas tienen una fase de “desenfreno”⁶³. En el caso de las revoluciones socialistas hay una explicación de carácter teórico. Se debe aceptar el supuesto de que la conciencia que tiene la clase protagonista en el momento de la llegada al poder es imperfecta, no puede constituir una conciencia de clase plenamente realizada. Esta conciencia racional solamente se adquiere cuando los cambios culturales se han producido. Por tanto, durante una larga parte del proceso la clase protagónica es un híbrido cultural, sin pleno autocontrol de sus pasiones y apetitos.

Pero, ¿existe otra manera de hacer una revolución? Seguramente no. Por tanto este tipo de proyecto político que busca deslegitimar los fundamentos del orden anterior, asediándolo a través de la lucha de clases, está siempre expuesto a un desenfreno que proviene de sus propias filas y está siempre en la cuerda floja, en frente al peligro de una agresión contrarrevolucionaria. Su ilusión pacifista es, por tanto, estructuralmente frágil, porque buscar modificar el contrato social anterior e intentar cambiar los acuerdos sobre fines sustantivos no es gratis. ¿Cómo puede esperar paz cuando pretende nacionalizar la gran industria, la banca, el comercio mayorista? El respeto a los procedimientos no basta para evitar que la política esté planteada en los hechos como una guerra, aunque se proceda desde dentro de la Constitución⁶⁴.

El análisis de las circunstancias políticas del período 70-73 conduce a la conclusión de que se estaba inserto en un juego de alternativas limitadas. La única posibilidad para que la “vía chilena” hubiese tenido otro destino, incluso como alternativa remota, era asignándole a la etapa el carácter de una “profundización reformista”,

63 Ver el lúcido análisis de Crane Brinton, *ANATOMIA DE LA REVOLUCION*, México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1985.

64 El análisis que aquí presento modifica bastante los que he realizado en mis libros *SOCIALISMO Y DEMOCRACIA EN CHILE*, y *LA FORJA DE ILUSIONES*, Op. Cit.

en torno a la cual pactar con el partido centrista dominante para el presente y también negociar un itinerario a futuro.

Pero, para que eso hubiese sido posible se necesitaba otra atmósfera político cultural y otros actores. La atmósfera de fines de los sesenta era, todavía, la de la esperanza revolucionaria. En Chile la "renovación" de la teoría revolucionaria tomó la forma de una crítica "izquierdista" de la teoría etapista de la revolución, de la cual se había derivado la "vía chilena". En ella se observa la influencia cubana. Pero, en el caso chileno, por la virtud de la tradición histórica, cristalizada en la influencia del marxismo soviético, esa influencia no significó el volcamiento en la ilusión guerrillera, en su forma rural o urbana. Como se ha dicho, más bien consistió en la difusión de la idea, ni siquiera plenamente consciente o teóricamente elaborada, de la necesidad de un rápido tránsito de la revolución democrático-popular a la socialista. La etapa intermedia no tenía capacidad de autorreproducción y presentaba el riesgo de derivar hacia autoritarismos de derecha⁶⁵. Esa noción de "revolución ininterrumpida" había calado hondo en la mentalidad política de cierta parte de la izquierda chilena.

Podemos decir que a partir de 1956, en el momento mismo en que se produjo la creación del FRAP (Frente de Acción Popular Unitaria), ya se perfilaba una división estratégica en la izquierda. Los socialistas, cansados y traumatizados por las experiencias de los "frentes amplios" o por los experimentos populistas, sólo deseaban la pureza de la coaliciones de "partidos obreros". Los comunistas, al contrario, alentados por las políticas soviéticas después del XX Congreso, insistieron en las alianzas con las capas medias y en su concepción etapista de la revolución⁶⁶.

Desde esa época existía una disputa en ciernes, que dio lugar a conflictos regulados (podría decirse disimulados), hasta que la izquierda llegó al gobierno. En ese momento los ensayos se convirtieron

en "puestas en escena" en forma. Las contradicciones estallaron a la luz del día. Quizás debió tenerse en cuenta anticipadamente que el ejercicio del gobierno no podía sino desnudar lo que estaba oculto, sofrenado. Y lo que estaba disimulado era una diferencia profunda de mentalidades y de diagnósticos.

La primera diferencia se presenta como una oposición entre romanticismo y realismo político. La modalidad romántica se vuelca hacia el deseo y los impulsos, hacia un futuro que no se describe como necesidad sino como realización de una voluntad histórica, por lo tanto como contingencia, como apuesta en su sentido más fuerte. El realismo, al contrario, es la conexión con la necesidad, por lo tanto con la tendencia contenida en lo "real". Se trata del cálculo pragmático de oportunidades políticas, el avanzar pisando huevos, el extremo opuesto del "avanzar sin transar".

Había también una profunda diferencia de diagnósticos, la cual se puso en evidencia en la discusión sobre el nivel alcanzado por el desarrollo capitalista chileno. Se enfrentaron las clásicas tesis comunistas sobre el carácter feudal o semi-feudal de la formación social chilena, la cual era el fundamento histórico de su política de "frentes de liberación nacional", con la tesis de los "dependentistas" marxistas, para los cuales la única alternativa posible era el socialismo⁶⁷.

La afirmación del carácter feudal o semi-feudal de la formación social chilena estaba dirigida a argumentar la necesidad de completar tareas burguesas inconclusas, en la realización de las cuales podrían jugar un rol las "burguesías nacionales", representadas en el terreno político por partidos intermedios. El fuerte ataque de los "dependentistas" marxistas contra ese enfoque no recibió una apropiada respuesta teórica e histórica de los intelectuales comunistas. La elaboración del programa de la Unidad Popular

65 Un libro de Theotonia dos Santos, *SOCIALISMO O FASCISMO*, Santiago, Editorial PLA, 1972, expresa bastante bien la mentalidad política existente.

66 Tomás Moulian, "LA FORJA...", *Op. Cit.*

67 Theotonia dos Santos, "SOCIALISMO...", *Op. Cit.*, Andre G. Frank, *CAPITALISM AND UNDER DEVELOPMENT IN LATIN AMERICA: HISTORICAL STUDIES IN CHILE AND BRAZIL*, New York, Monthly Review Press, 1969. Para un análisis de los debates: Cristóbal Kay, *LATIN AMERICAN THEORIES OF DEVELOPMENT AND UNDERDEVELOPMENT*, London, Routledge Press, 1989.

estuvo muy influida por la tesis de que no podía esperarse un papel modernizador por parte de las burguesías nativas.

En verdad, lo que aparecía en conflicto, eran estas dos formas de enfrentar la acción revolucionaria. Como se ha dicho, en las situaciones revolucionarias siempre tiende a producirse este enfrentamiento entre modalidades opuestas de abordar el problema de la política. De una manera normal y recurrente se produce una división del campo revolucionario entre románticos (radicales) y realistas (moderados).

Por desgracia, en el caso chileno se produjo además un empate catastrófico entre esas dos facciones en lucha, cuyo fragor aumentaba con la crisis. No se pudieron tomar a tiempo decisiones que neutralizaran al centro, ni siquiera sobre la base de algún tipo de acuerdo parcial que le diera garantías. Tampoco se tomaron a tiempo decisiones de emergencia, como el llamado a plebiscito, que conocido a tiempo pudo haber neutralizado a los "golpistas". Las posibilidades del juego político de los "moderados" tanto como de los "radicales" quedaron limitadas al máximo. Los mil días terminaron en el inmovilismo.

La gran esperanza renovadora de la "vía chilena" chocó contra la ausencia de sus prerequisites mínimos, consecuencia, en parte, de la forma de estructuración del sistema político chileno, organizado para graduar los cambios. También sucumbió ante la imposibilidad de realizar ni la política de los "moderados revolucionarios" que buscaban construir (aunque a destiempo) un "bloqueo por los cambios" o, en su defecto, una alianza de contención "golpista", ni la política de los "radicales revolucionarios" que pretendían "avanzar sin transar" hacia la resolución del problema del poder.

Ese empate catastrófico en el desarrollo de un proceso revolucionario, generó las condiciones para la realización del Golpe. La existencia de un clima de amenaza e ingobernabilidad y la creciente caotización de la sociedad, crearon posibilidades políticas para una solución de fuerza que algunos ingenuos se imaginaron provisoria.

Pero, es necesario insistir en eso, lo que hizo la Unidad Popular no determinó lo que vino después, la instalación de una sangrienta dictadura revolucionaria. Esa fue una opción tomada descartando otras. Sus responsabilidades y costos deben ser asumidos por quienes la dirigieron y también por quienes la apoyaron.

Aún se espera que lo hagan, como Allende lo hizo, realizando un gesto límite. Por ello Allende es una figura moral de Chile, aunque haya fracasado como gobernante.

Pinochet transformó profundamente el capitalismo precedente para crear otro nuevo, con enorme energía de crecimiento. Pero él no es más que un déspota modernizador y no es un forjador de Chile. Para serlo, como Allende, hay que vincular moral y política, haciéndose responsable de sus actos. Los déspotas pueden tener éxito y en ese terreno triunfar, pero nunca serán recordados como un ejemplo.

CAPITULO VI

El carácter de la época y el legado de Allende

Me imagino, a veces, que Allende decidió regresar a su lugar de destierro, de donde había salido para peregrinar por la tierra, abrumado y conmovido por la experiencia de esta nueva época en gestación, tan distinta de aquella en la cual vivió. En su fugaz retorno al mundo debe haber sentido dolor por el desvanecimiento de las ilusiones de antaño, de aquellas que dieron sentido tanto a los “socialismos reales”, en los cuales creyó, como a la Unidad Popular, por la cual dio la vida.

Ciertamente, vivimos en una nueva época. Hay quienes esperan de ella grandes cosas. Y, en verdad, hay indicios prometedores que dicen relación con la destrucción de las verdades absolutas sobre el futuro histórico y de los regímenes de verdad usados como recursos de poder.

Pero hasta el momento esta nueva época nos ha entregado la instalación generalizada de sistemas neo-liberales, con subordinación absoluta del trabajo al capital y/o con desocupación estructural; nos ha aportado la globalización del capitalismo; nos ha traído el estallido brutal de nuevas pasiones y egoísmos particularistas, generadores de fundamentalismos religiosos o nacionales y de violencias insensatas y reiteradas, una etapa aún más peligrosa que la del equilibrio del terror nuclear; o nos ha permitido el ingreso en una aplastante “sociedad de la información”.

Todas estas situaciones nos hacen ver que, tras la parafernalia seductora de la cibercultura, estamos ingresando en realidad en una nueva modalidad de "sociedad feliz" a lo Huxley.

Según algunos autores, hemos entrado a una forma totalmente nueva de la modernidad, la de las "sociedades del riesgo"⁶⁸. Al peligro nuclear en que el mundo ha vivido desde la posguerra, se le agregan los siguientes nuevos ingredientes de riesgo: a) un proceso acelerado y creciente de destrucción de la naturaleza, provocada tanto por el uso intensivo de materias primas no renovables o por el uso no planificado de las renovables, como por el descuido en el manejo de desechos y residuos, b) una globalización de las economías, lo que multiplica el efecto mundial de crisis locales, cuyo poder de contagio es enorme, las cuales, además, generan efectos inesperados y difícilmente controlables por las economías nacionales, c) la destrucción paulatina y universal de los sistemas de Estado de bienestar, los cuales proporcionaban ámbitos de seguridad para las personas, d) las migraciones masivas de mano de obra sin calificación, las cuales despiertan oleadas de chovinismo y fomentan la discriminación, e) la precarización de los empleos y la flexibilización de los contratos laborales como fenómeno universal.

Estas nuevas sociedades industriales modernas no sólo enfrentan el peligro del tipo de riesgo que Beck simboliza en Chernobyl. También enfrentan la generalización de condiciones de vida inestables y la consiguiente incertidumbre cotidiana.

No se trata de meros desajustes de los procesos de modernización, fases de inestabilidad que darán lugar a sociedades más móviles, abiertas, sin fronteras internas cristalizadas, pero más equitativas. Se trata de la inequidad y de la incertidumbre como horizonte de vida, de la desigualdad, de la inseguridad y el riesgo como "estado" y no como etapa. Se trata de sociedades que, aun

creciendo, aumentan o mantienen altas tasas de inequidad, como es el caso de Chile⁶⁹.

Pero el cambio más significativo de la época es la pérdida del imaginario de la historicidad. Una de las razones más fuertes es el colapso de esa forma de la modernidad que terminó con Gorbachov y que se caracterizaba por la ilusión de que el capitalismo era superable, como modelo de crecimiento de las fuerzas productivas y como forma de vida, por otra potencialmente más feliz y, en el límite, armónica.

El fracaso de la mayoría de los "socialismos reales" se combina en la actualidad con la creciente generalización del capitalismo como sistema económico y con la globalización. Se percibe el poderío, casi la omnipotencia, de un "sistema mundial capitalista" que ha alcanzado un alto grado de interconexión y una tendencia a la homogeneización de ciertas condiciones generales.

La superación del capitalismo aparece como una tarea mucho más titánica que antes, puesto que requeriría sujetos sociales revolucionarios que pudieran actuar concertadamente a nivel mundial. El desarrollo del socialismo a nivel de un solo país siempre fue un tema complicado. Pero ahora simplemente aparece impensable, especialmente porque en esta época actúan a escala mundial múltiples organismos y sujetos sociales interesados en la reproducción del sistema globalizado, mientras que los trabajadores ven aumentado su grado de fragmentación y desarticulación tanto en el espacio local como internacional.

Esta realidad difícil de superar se conjuga con la fuerza adquirida por la ideología neoliberal, para la cual el orden mercantil autorregulado constituye una las exigencias de funcionamiento de toda sociedad. Junto con un capitalismo mundializado que adquiere la apariencia de lo definitivo, una ideología que consagra el fin de la historicidad, del cambio social como proyecto intencional de actores, como voluntad de superación de lo real, cuestionándolo en cuanto racional.

⁶⁸ Ulrich Beck, *LA SOCIEDAD DEL RIESGO. HACIA UNA NUEVA MODERNIDAD*, Barcelona, Editorial Paidós, 1998.

⁶⁹ *La evolución de las cifras de distribución de ingresos es sintomática. OIT, CHILE: CRECIMIENTO, EMPLEO Y EL DESAFÍO DE LA JUSTICIA SOCIAL*, Santiago, 1998.

El mundo de sueños e ilusiones políticas de los sesenta y setenta parece haber quedado definitivamente atrás, ahora sí por un tiempo largo.

Lo más probable es que en los marcos de esta nueva época no tenga cabida la revolución, tal como fue entendida por el marxismo bolchevique⁷⁰. Puede decirse, parafraseando a Marx, que el tema de la necesidad humana de una vida social igualitaria permanece, pero queda planteado como una tarea pendiente, que la humanidad no parece sentirse capaz de abordar todavía. Ese es el sentido más radical del reflujo de la historicidad, pues aun cuando se piense que el capitalismo debe superarse, la posibilidad se desplaza hacia la lejanía.

¿Eso significa, por lo tanto, que recordar a Allende sólo representa un acto nostálgico y no un acto de apropiación del pasado con miras a producir lo actual? Creo que no.

El análisis de la práctica política de Allende representa aún un "insumo" para la reflexión sobre las condiciones de la acción histórica en el Chile Actual. Y esta afirmación no significa un mero acto de fidelidad a un tiempo de esperanzas, sino un acto instrumental del recuerdo, un acto que tiene sentido pragmático.

El legado efectivo de Allende quizás puede ser comprendido mejor hoy día, cuando el optimismo ha dejado lugar al pesimismo y a la desesperanza.

Pienso que es mejor no interpretar a Allende desde la Unidad Popular sino desde su trayectoria previa, el período de su trabajo de hormiga. La Unidad Popular es una culminación de un largo esfuerzo y también una etapa paroxística. ¿Qué representó Allende para la política de la izquierda desde 1952 en adelante, cuando postuló por primera vez a la presidencia?

Entre 1952 y 1970, Allende encarnó la política de unidad con los comunistas y la voluntad de aprovechar todos los espacios institucionales para la lucha por el poder. Como ya se dijo, en 1952 cuando la mayoría del Partido Socialista Popular se embarcó en el

camino del populismo ibañista, Allende se opuso, creó un frente con los comunistas en la clandestinidad, presentándose como candidato presidencial. Dio el primer paso en la unificación de las dos izquierdas y en la lucha por alcanzar el gobierno. Esa fue la política que adoptó el Frente de Acción Popular (Frap), fundado en 1956.

En las candidaturas presidenciales del 58 y del 64 la ilusión del socialismo ad portas estuvo menos presente. Los programas tuvieron un corte "democrático popular" típico. En ellos no aparecía para nada la noción de "tareas socialistas" a realizar de manera inmediata.

Allende era un político que concebía la revolución como un momento culminante en la aplicación de sucesivos programas realistas, pero a quien le tocó gobernar en otro escenario, el de una revolución sin el poder necesario pero en acto, desplegada, a la cual trató vanamente de moderar.

Aunque esto es totalmente arbitrario afirmarlo, pienso que Allende estaría hoy día en las posiciones de un "reformismo radical". Ese tipo de postura trata de recoger la herencia de la izquierda revolucionaria chilena, especialmente la de la década del sesenta, para aplicarla en una época no revolucionaria. Esto significa que el "reformismo radical" de hoy tiene objetivos diferentes que el que Allende encarnó en el pasado.

La diferencia central consiste en que en la época actual un programa de "reformismo radical" es de oposición y no de gobierno. Antes tenía sentido buscar la conquista del "gobierno popular" porque se le concebía ligado a la construcción del socialismo, como una etapa en dirección a éste. En el capitalismo actual, donde Chile más que una nación es un segmento del mercado mundial, gobernar significa, por el peso de lógicas estructurales, reproducir o maximizar.

No se puede gobernar en forma progresista un sistema neoliberal y los que han tratado de hacerlo saben que las lógicas de la razón de estado impiden aplicar reformas de corte radical, como serían cambios drásticos de la legislación laboral, de la estructura impositiva, de la gestión de la previsión, de la estructuración del presupuesto nacional.

⁷⁰ Denominamos «marxismo bolchevique» a aquel que postula la revolución como acto político de «destrucción del aparato de estado preexistente».

El "reformismo radical" es pues una plataforma de oposición, por tanto de crítica a las ideas dominantes y a las estructuras de la sociedad actual. Pero por lo mismo que esa crítica no es un mero ejercicio intelectual, sino una operación orientada a favorecer la constitución de actores sociales populares, debe ser una crítica propositiva. La pura negación anula el deseo y puede esparcir pesimismo o generar una impresión fatalista⁷¹. Además proponer, hacer una crítica propositiva es una forma de conectarse con intereses populares concretos y con los problemas que surgen en la vida cotidiana.

Hay que entender que en las condiciones políticas actuales ese "reformismo radical" constituye la forma posible de una política de superación del capitalismo, representa un "maximalismo", la forma más real de hacer política progresista.

Se trata, sin duda, de un gesto político, que al esbozar la propuesta de algo, critica la política actual de una parte de la izquierda, porque ella no recoge el legado histórico de la lucha anticapitalista.

Por el momento, en esta nueva época la emancipación no está a la orden del día. Sí lo está la impugnación, la lucha política contra el orden establecido, la develación incesante que el capitalismo neo-liberal globalizado no favorece la equidad, ni permite el desarrollo de la democracia ni la expansión de los valores de la tradición humanista.

Adaptarse a las condiciones de esta nueva época no significa renunciar a la crítica anticapitalista ni a la perspectiva de la superación de ese modo de producción. Significa encontrar una manera de plantear esos objetivos, tradicionales en la izquierda chilena, en las nuevas condiciones de un capitalismo globalizado y en un mundo donde ha hecho crisis la teoría clásica de la revolución, así como la inmediata esperanza emancipatoria.

La nueva época, si bien pone entre paréntesis en cuanto posibilidad actual la revolución socialista, no descarta, más bien exige, la lucha anticapitalista. Una política de "reformismo radical" implica impugnar, proponer, educar, movilizar. Se trata básicamente de una política cuyo vector principal no es conseguir cambios parciales del orden neo-liberal. Es una política que no se engaña en la ilusión reformista y en esto consiste su radicalidad. Ella se orienta principalmente a la constitución de conciencia crítica y de actores sociales.

Como toda lucha social ella se realiza en la historicidad. Por tanto tiene como objetivo la impugnación del capitalismo actual, el que por comodidad clasificatoria denominamos orden neo-liberal. Frente a esta modalidad regresiva y salvaje, con escasas protecciones y regulaciones respecto a los factores humanos implicados en la producción, las modalidades del Estado de bienestar representan un avance. Pero ellas no son la meta de la política del "reformismo radical", aunque puedan ser utilizadas en la lucha ideológica contra el neoliberalismo.

No obstante lo que aquí me interesa no es una descripción detallada de la política del "reformismo radical" sino, más bien, reivindicar una filiación, una conexión espiritual con el legado político de Allende.

Este legado fue la revolución conseguida por la "vía pacífica" y la superación del capitalismo. La forma contemporánea de realizar esas metas en una época no revolucionaria es el "reformismo radical". Es a través de una crítica intelectual y política de la modalidad neo-liberal del capitalismo, que abarca a todas las formas del capitalismo pero jerarquizándolas, como se realizan hoy día los objetivos de la izquierda "allendista".

⁷¹ Esto fue formulado como una crítica a mi libro «Chile actual...» Op. Cit., en una conversación organizada por Eduardo Yezzen.

En aquellos días de mi conversación interrumpida con Allende, yo estaba muy impresionado por haber visto recientemente a un grupo de chicas jóvenes con una polera con su efigie, marchando alegremente. Era una memoria que no provenía de la experiencia con Allende, pero representaba una experiencia de Allende. Era una memoria que provenía de otros, de las recreaciones que los padres, amigos, compañeros o partidos han producido sobre Allende. Se lo comenté y sonriendo melancólicamente me dijo:

“Es hermoso no morir totalmente... ser recordado... pero también es duro y agobiante... siempre llegan los ecos de Chile y uno quisiera estar allí...”

Indice

AGRADECIMIENTOS	7
CAPITULO I	9
Las razones de este libro	
1. Conversando con Allende veinticinco años después	11
2. El vuelo del espectro	13
CAPITULO II	15
Celebración y muerte	
1. La celebración	17
2. El día de la muerte	21
CAPITULO III	31
Allende, El líder político	
1. La formación de un líder	33
2. Allende y la situación política de los sesenta	43
3. Allende nuestro maestro político	51
CAPITULO IV	57
El proyecto de la "Vía chilena"	
1. Necesidad de creer en "nuevos socialismos"	59
La burocratización	60
La desestalinización	62
El cierre del ciclo	65
2. El proyecto de la Unidad Popular	67
3. Viabilidad de la "Vía chilena"	73

CAPITULO V	79
El tiempo de la fiesta y de la conspiración	
1. La revolución en desarrollo	81
2. El desenfreno	83
3. La pérdida de dirección política	89
4. La alternativa del “polo revolucionario”	97
5. La Unidad Popular y el marco estructural	103
La Unidad Popular como tragedia	105
CAPITULO VI	113
El carácter de la época y el legado de Allende	
EPILOGO	123



UNIVERSIDAD **ARCIS**

Trabajaron en este libro:

Por LOM Ediciones

Edición

Sylvia Aguilera, Juan Aguilera, Luis Alberto Mansilla,
Mauricio Ahumada, Paulo Slachevsky

Relaciones Públicas

Blanca Cornejo

Asesoría Editorial

Faride Zerán, Germán Marín, Nain Nómez

Producción

Elizardo Aguilera, Eugenio Cerda

Diagramación Computacional

Angela Aguilera, Jano, Lorena Vera, Alejandro Trujillo

Corrector de Pruebas

Juan Alvarez

Impresión Digital

Alejandra Bustos, Carlos Aguilera, Fabiola Hurtado, José Luis Avila

Fotomecánica

Josefina Aguilera, Ingrid Rivas

Impresión Ofset

Héctor García, Francisco Villaseca, Rodrigo Véliz, Luis Palominos

Corte

Jorge Gutiérrez, Eugenio Espíndola

Encuadernación

Sergio Fuentes, Marcelo Toledo, Rodrigo Carrasco,
Marcelo Merino, Carlos Campos

Difusión y Distribución

Nevenka Tapia,

Diego Chonchol, José Villalobos, Pedro Morales

Elba Blamey, Sergio Parra, Eduardo Jara,

Nora Carreño, Georgina Canífru, Jorge Benítez.

Area de Administración

Jorge Slachevsky R., Carlos Bruit, Alejandro Droguett,
Marco Sepúlveda, Nelson Montoya

Coordinación General

Paulo Slachevsky Ch.

Se han quedado en nosotros Adriana Vargas y Anne Duattis

COLECCION SIN NORTE

Serie Punto de Fuga

Edición ARCIS - LOM

- Origen y futuro de una pasión
Eduardo Santa Cruz
- Sobre la condición social
de la psicología
Carlos Pérez Soto
- Derechos humanos (2 tomos)
José Galiano
- Discurso, género y poder
Olga Grau, Riet Delsing
Eugenia Brito,
Alejandra Varías
- Chile actual:
Anatomía de un mito
Tomás Moulian
- Mapa actual de la extrema
riqueza en Chile
Hugo Fazio
- El crepúsculo de los sabios
y la irrupción de los publicistas
Carlos Ossandón B.
- Capital transnacional y trabajo.
El desarrollo minero en Chile
Rafael Agacino, Cristián González,
Jorge Rojas
- Sobre un concepto Histórico de Ciencia.
De la epistemología actual a la dialéctica.
Carlos Pérez Soto

COLECCION

LA INVENCION Y LA HERENCIA

Cuadernos

- Número 1
Crisis de los Saberes y
Espacio Universitario
- Número 2
Espectros y
Pensamiento Utópico
- Número 3
Filosofía y Literatura
en la Obra de Borges
- Número 4
La Izquierda frente
al Fin de Milenio
- Número 5
Globalización, Modernización
y Equidad en América Latina
- Número 6
Cultura, experiencia y
acontecimiento



El autor de *Chile actual: Anatomía de un mito*, construye este libro a partir de una conversación con Allende, el que incapaz de resistir la curiosidad, vuelve al país 25 años después de su muerte.

Para el autor fue necesaria esta ilusión, para profundizar en el análisis de la práctica política de Allende –su legado y su ética–; y a través de la figura del Presidente, adentrarnos en el escenario de la Unidad Popular, sus pasiones, sus conflictos, y los signos de la tragedia que marcó a Chile en Septiembre de 1973. Esta obra representa un importante apoyo para la reflexión sobre la acción política y social en el Chile de hoy, prefigura las características de una política que se oriente a dar continuidad al sueño de construir un país más justo, donde la alegría de vivir sea parte del cotidiano.